

V

LA EDILICIA: CONSTRUCCIONES PUBLICAS Y CASAS PRIVADAS

APAREJOS, ESTRUCTURAS Y SISTEMAS CONSTRUCTIVOS

Todo estudio inicial acerca de estas puntualizaciones adolece de la escasez de datos del carácter primario de estos ensayos, condicionado por el poco desarrollo de la bibliografía existente.

No obstante, y aunque se observe cierta reiteración, se han manejado los datos proporcionados por un conjunto notable de yacimientos, específicamente hábitats o asentamientos: Badajoz -4.a-, Belén -5.a-, Capote -6.a-, Castañuelo -8.a-, Castillejos 2 -9.a-, Corvo I -10.a-, Chibanes -13.a-, Jerez de los Caballeros -19.a-, Mangancha -22.a-, La Martela -24.a-, Miróbriga -27.a-, Neves II -33.a-, Pedrão -36.a-, Pomar 1 -37.a-, Salacia -38.a- y Segovia -39.a-, etc.

Entre ellos Capote, El Castañuelo, Los Castillejos 2, Pedrão y, probablemente, Segovia son los asentamientos mejor conocidos en cuanto al número y extensión de sus estructuras constructivas. Otros, como el caso de la Alcazaba o Castillo de Badajoz, Corvo I, Belén, Pomar 1, Miróbriga, Mangancha o Salacia, presentan restos de interés, aunque limitados a las pequeñas extensiones de sus sondeos y cuadrículas de excavación.

Por último, contamos con un tercer grupo que, ya excavados, sondeados o prospectados, ofrecen informaciones puntuales que suele remitir a algunos restos (principalmente murallas, fosos, aljibes) descubiertos o conservados en superficie, o deducibles de la observación superficial.

Diferente es el panorama que se presenta en los estudios sobre las pequeñas fundaciones romano-republicanas que vienen denominándose como *castella*. Estas, en parte por su concentración específica en ciertas áreas (especialmente en los alrededores de Almodovár y Casteo Verde), como por la misma naturaleza de los edificios (realizados en resistentes y gruesos muros de piedra y con superficies pequeñas que oscilan en torno a los 200 metros cuadrados), muestran un buen grado de conservación que, unido a las labores de excavaciones extensivas de Manuel y María Maia, permiten alcanzar cotas de síntesis mucho más completas. Pero su estudio es un tanto marginal al ob-

jetivo de nuestro trabajo y, por ello, se analiza de forma específica y somera.

Sólo hemos considerado, de un número cercano al centenar, aquellos que han sido objeto de excavación. Nominalmente, Amendoeira -2.a-, Chaminé de Cabezas -12.a-, Juntas -18.a-, Lousa -21.a-, Manuel Galo -23.a-, Mouros -28.a-, Namorados -30.a- y Vale de Mértola -45.a-.

Con todos estos datos hemos abordado el tema siguiendo el orden natural de la localización y la importancia de la función jugada por los elementos constructivos (exteriores o interiores): subsuelo, cimentaciones, muros y techumbres, como componentes constructivos básicos; silos, fosas, pavimentos, bancos, hogares, junto con otros elementos no móviles (hornos y molinos de doble muela), como componentes internos y complementarios. Son prácticamente desconocidos los elementos escultóricos de función arquitectónica, como se documentan en amplias áreas del Mediterráneo e, incluso, en zonas del Noroeste peninsular (en las conocidas «pedras fermosas», por ejemplo).

CIMENTACIONES Y PREPARACION DEL SUBSUELO

No se conocen obras de cimentación específicas, de forma que las construcciones registradas se asientan sobre otras anteriores, sobre la roca base, preparada o no, o sobre un lecho de tierra o gravilla en casos más excepcionales

Reaprovechamiento de los cimientos

Se trata de un caso ampliamente documentado en casi todos los cortes de la Fase II Castillejos 2 (9.a). La clara definición de dos periodos de hábitat en este yacimiento, casi consecutivos, permite ver que en cierto momento (situado por los excavadores entre los siglos III y II a. C.) en los cortes NE A3, NO A'3, NO E'3, NO I'3, NO LL'3, NO W'3, se observan estructuras de la Fase II sobre las del período anterior, siguiendo más o menos

sus mismos trazados y diferenciándose de estos últimos por un ensanchamiento general (de un metro pasan a metro y medio) y por la roca del aparejo.

Un caso semejante se reconoce en los cortes SPC de la Alcazaba de Badajoz (4.a). En SPC1, el muro 4, esta vez con idéntico aparejo, se recrece sucesivamente durante los estratos 6-5/4-3, sin cambios notables, a diferencia de lo que ocurre con los sucesivos pavimentos que les corresponden —tierra batida con cal/guijarros—.

Igual parece ocurrir en el vecino castro portugués de Segovia (edificio del Sector B) o en el de Capote, donde el área excavada, permite confirmar que existe la misma pauta. Este dato está corroborado en la fase 2, datada en la segunda mitad del siglo II a. C., cuyos muros principales suelen construirse sobre los de las fases anteriores, en general con menor espesor. Esta circunstancia, que sin duda obedece al aprovechamiento simple de las mejores condiciones de equilibrio, pudo influir en el mantenimiento de las pautas urbanísticas del poblado durante las diferentes fases prerromanas, aunque se conocen ligeras desviaciones a esta norma, como se observa en los muros L/1 de la entrada a la estancia LE-B (figs. 34 y 49).

Preparación previa de la roca base

Sin embargo los muros de la Fase I del poblado de Los Castillejos 2 a menudo se asientan sobre la misma roca madre, a la que se adaptan o aprovechan con ciertas preparaciones, como pueden ser el allanamiento por talla, la ejecución de rebundidos y retallados para facilitar el drenaje, el encajonamiento de apoyos, etc.

Ejemplos de ello se encuentran en casi todos los poblados en estudio, siendo sin duda la forma más frecuente. El corte 2 del Castrejón de Capote-6.a (campana 1987) muestra una cierta inclinación tallada de la roca madre, encaminada hacia la consecución de un perfecto drenaje del muro septentrional, más o menos exterior, mediante la reconducción de grietas superficiales de la roca en disposición paralela al muro.

Indicios de talla parecen conocerse en las escasas estructuras datables en esta época en el corte 1 de Jerez (19.a), como en el castro de Mangancha (22.a), La Martela (24.a), el Castañuelo (8.a), Miróbriga (27.a) y, con más claridad, en el nivel base del corte 1 de la Alcazaba de Badajoz (4.a).

Pequeñas obras de infraestructura

Como la documentada en el Corte 2 de Capote, se localizan bajo los muros exteriores, de carácter defensivo, más castigados y necesarios para la protección del poblado.

Así el paramento exterior de la Muralla de los Castillejos 2 (9.a) arranca en talúd sobre un lecho de pizarras machacadas. Este lecho de cascajo pizarroso es común en todas las grandes estructuras de aparente función defensiva de este poblado y debió servir, a la vez, de nivelación y de ayuda para drenaje.

•Capas de nivelación, realizadas con piedrecillas, de-

rubios de obras anteriores, tierras compactadas, etc., son frecuentes donde haya que salvar los inconvenientes de las obras anteriores, o en lugares tan accidentados como la Sierra de La Martela (24.a), donde una capa de pizarras machacadas, con tierras y piedrecillas, muy compacta, parece haber tenido esta función, además de la de solado. Desde estos niveles arrancan directamente los muros.

MUROS: APAREJOS Y ENLUCIDOS

Existen tres tipos de lienzos según los materiales y aparejos usados en la construcción:

- a) Lienzos de madera y ramaje.
- b) Muros de piedra trabada a seco o con barro.
- c) Muros de tapial y/o adobes.

Lienzos de madera y ramaje

La precariedad de estos materiales y su escasa conservación impide conocer hasta qué punto este material fue de uso ordinario o habitual. No obstante, parece lógico suponer que cabañas de paja y ramaje debían ser conocidas en todo yacimiento, oscilando su importancia en razón de factores como la masa forestal del entorno, la abundancia de la piedra o la arcilla, la capacidad económica de sus constructores y, así mismo, la naturaleza estacional u ocasional de su ocupación.

El ejemplo mejor conocido lo situamos en la pequeña ocupación de Pomar 1 (37.a), en la planicie bajo-alentejana, dentro de la cuenca del Sado. En sus capas 2a-b y 3 localizamos los amontonamientos de pequeñas piedras calizas y las huellas centrales dejadas por tres (A, B, C), y quizá cinco (¿D, E?), postes que, distanciados un metro entre sí aproximadamente, debían servir como sujeción vertical de un entramado de ramas y follaje, de lo que hemos interpretado como paredes exteriores de una cabaña, de planta rectangular y ocupación estacional. Estas estructuras se reforzaban por la alineación de piedras entre las bases de los postes (fig. 78).

Muros de piedra trabada a seco o con barro

Generalmente aparecen como zócalos de un metro de altura sobre los que se asientan las paredes de adobes, pero en no pocos poblados, como en Capote (6.a) o en el Castañuelo (8.a), parecen haber sido paredes con su altura total (conservada en más de dos metros y uno, respectivamente, con numerosos sillares caídos a sus pies y sin restos de adobes).

La técnica constructiva es sencilla aunque no por ello poco consistente, realizándose dos paramentos exteriores de piedra con la cara exterior desbastada, que pueden ser más o menos planas, en el caso predominante de las pizarras y cuarcitas, o más voluminosas con los bolos de diabasa, grauwaca y otras rocas intrusivas.

Están unidas a seco, con los intersticios tapados con barro y pequeñas cuñas de pizarra, y poseen en la mayo-

ría de las ocasiones una cierta regularidad, sin que pueda considerarse que forman hiladas propiamente dichas. Es norma común que el arranque del muro esté formado por una primera, e incluso la segunda, de estas «hiladas» claramente distinguible del resto por su mayor tamaño y volumen.

Aunque en poblados bien conocidos, como el de Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos (9.a), la mayoría de los muros son de adobe sobre zócalo de piedra, no faltan las paredes enterizas construidas con piedras, que posiblemente corresponden al exterior de edificios de cierta importancia. En este yacimiento se han identificado dos momentos de ocupación que han servido para observar diferencias entre dos tipos de paramentos de piedra.

En el primero, fechado en los siglos IV y III a. C., los muros tienen un grosor medio de un metro y su aparejo es de lajas de pizarra de tamaño medio y pequeño. En la fase II, sin cambiar el trazado, los muros se ensanchan aprovechando los anteriores como cimios y presentan un aparejo semejante, aunque de acabado superficial más cuidado y con sillares más grandes, que son en este caso de materiales más heterogéneos, entre los que abundan las diabasas y grauwacas, aunque no faltan cuarcitas y pizarras.

Con todo, el uso de diverso material lítico, y las diferencias que ello conlleva, no deben entenderse como indicio cronológico, excepto en casos bien establecidos como el del poblado de Fuente de Cantos acabado de referir.

Así, aparejos de pizarra o cuarcita, idénticos al descrito para la Fase I de este asentamiento, son característicos de Capote (6.a), en un momento ligeramente posterior (siglo II a. C.) y llegan a documentarse en el Coto-Nertóbriga (31.a) y en la Peña de San Sixto (76.b), Miróbriga (27.a) o Mangancha (22.a) en época romano-republicana, con o sin cal como cemento, y una gran perfección edilicia (los mismos *castella* como Chaminé de Cabeças (12.a), Amendoeira (2.a), Vale de Mértola (45.a), etc. presentan tales muros con la trabazón en barro, o en seco).

Por otra parte, en el Corte n. 2 de Capote (Campaña de 1987), se documenta, en el muro septentrional, una técnica de «enmascaramiento» que da un aspecto exterior casi ciclópeo a un estrecho muro, o zócalo, de piedras y tierra. En este lienzo, ciertamente de una construcción intramuros, pero paralela a la muralla y visible desde el cerro de enfrente, se localizaron tres anchas lanchas de cuarcita de casi un metro de lado, revistiendo el muro por el exterior, hasta formar un paramento aparente. Visto desde el exterior, se logra un aspecto de fuerte estructura con gran aparejo pétreo.

Pero donde es tónica común el uso de la cantería en aparejos irregulares es en la construcción de muros de grandes edificios o de los sistemas exteriores de defensa. En las zonas de predominio pizarroso y cuarcítico (como se observa en la comarca meridional del Ardila: Capote -6.a-, Nertóbriga -31.a-, Martela -24.a-, Castañuelo -8.a-, en ciertos tramos del Degebe: Cuncres -60.b-, Degebe -61.b-, Viçosa -80.b-, Cuncos -59.b-, o en zonas costeras, como el *oppidum* prerromano de Miróbriga (27.a), las murallas se construyen con aparejo pequeño y medio, bien trabado a seco.

Sobre suelos con afloraciones intrusivas (granitoides, grauwacas, diabasas) se documenta la utilización de grandes bloques que a veces adquieren aspectos ciclópeos (por ejemplo, en La Pepina -51.b-, Castrejón de Bodonal -53.b-, Cañuelo -52.b-, San Pedro -75.b-, e incluso en Alcácer do Sal -capa 6-). Los yacimientos en los que se registra un uso indistinto de rocas ígneas y metamórficas, como en Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos (9.a), se asientan en zonas colindantes.

Por tanto, sobre una posible diferencia en la adscripción cronológica que pudiera inferirse de estas distinciones, somos especialmente cautos. Sin embargo, parece confirmarse una cierta modernidad en el uso de paramentos ciclópeos, conocidos en poblados que, como el Cantamento (51.b), el Cañuelo (52.b) y el Castrejón de Bodonal (53.b), han dado pruebas palpables de llegar hasta la romanización. Así, las dataciones tardías de este tipo de paramento dadas en los castros «vettones» (González Tablas et alii, 1986, 124) parecen coincidir.

Muros de tapial y/o adobes

Las estructuras de adobe se han localizado con cierta frecuencia en yacimientos como Los Castillejos (9.a), Belén (5.a), Castillo de Jerez (19.a) o Serpa -estrato 9- (41.a). Siempre aparecen en estado de alta descomposición y, por ello, es difícil delimitar estas estructuras, excepto si se definen como independientes de otras construcciones, como son los casos de las relacionadas con las actividades metalúrgicas.

A juzgar por los adobes de una de estas estructuras, la n. 3 del corte NO E'3 de Los Castillejos 2 (9.a), éstos fueron hechos a caja en distintos tamaños y posteriormente cocidos o, en algunos casos, sencillamente secados al sol (NO LL'3). Las medidas oscilan, en los que hemos podido comprobar, en torno a 32/40x20x12/15 centímetros de longitud, anchura y grosor.

Un caso que presenta buena conservación es el referente al muro 4 de los cortes del Sector de Puerta de Carros (SPC y SPC1) de Badajoz (4.a). En el tramo correspondiente a la capa 3 del corte AL84/SPC se reconoció un zócalo de piedra caliza que aún sostenía parte de la pared, parcialmente construida con tapial y/o adobes, y a cuyos pies otros aparecían en cierto orden, mejor o peor conservados. Además del mismo suelo, con la componente caliza ya referida, la presencia de la cal se constata en su uso como enlucido:

«Uno de ellos (de los adobes), en posición que parece indicar que está caído, se ve en perfil exterior, entero y con una finísima capa de cal o enlucido que lo recubre.»

(Domínguez de la Concha, *Diario de Excavación*, 17/VII/1984.)

No parece extraño este uso del tapial/adobe en el yacimiento de Badajoz (AL84/24B; AL84/SPC; AL86/SPC1), habida cuenta de la escasa dureza de su roca caliza y de la abundancia de estratos arcillosos propia de

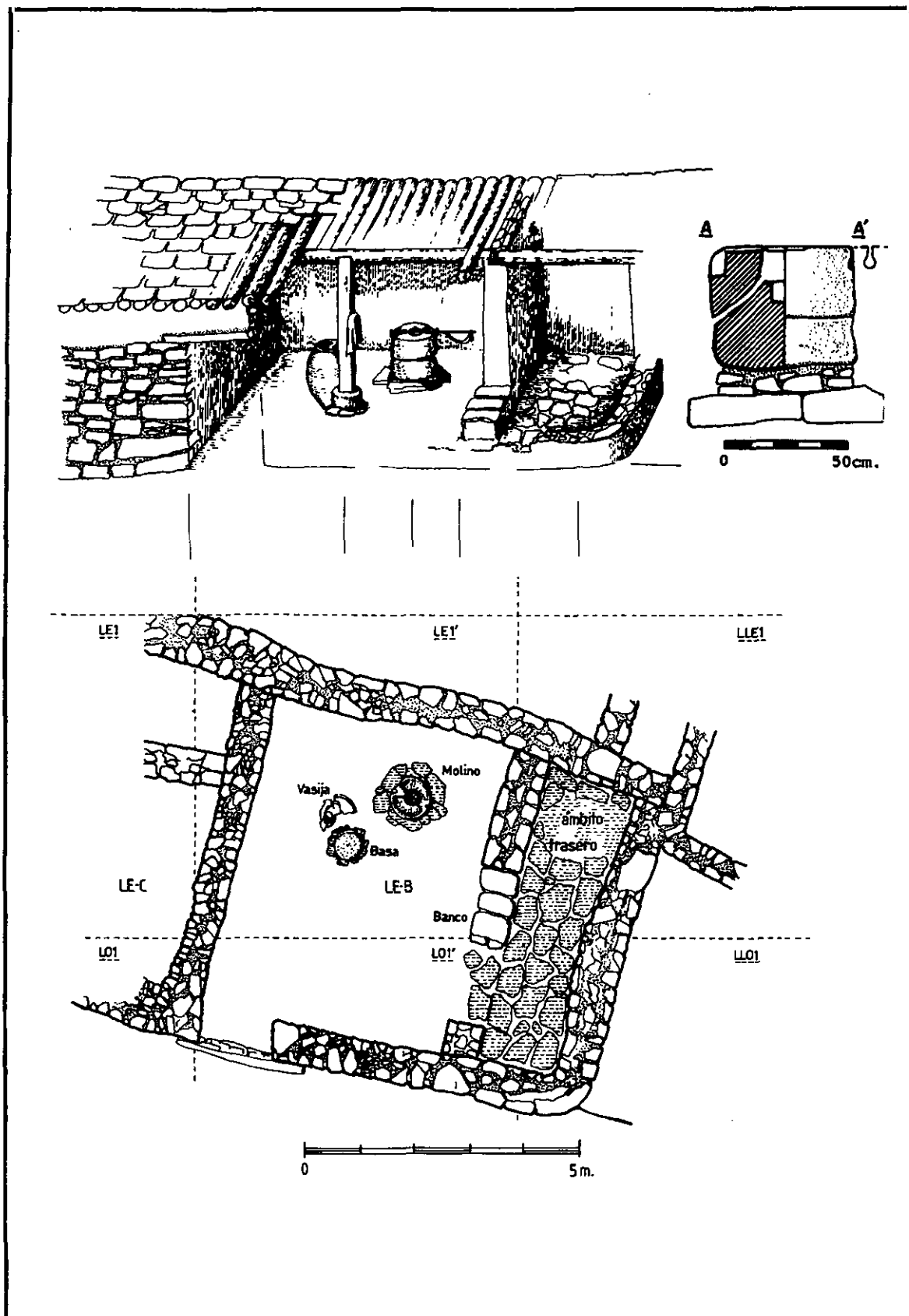


Fig. 34.—Casa LE-B del nivel 2 de Capote, con propuesta de reconstrucción, y detalle de la sección de su molino (A-A).

una zona de vega como la del Guadiana. Es por ello que, en una ciudad donde las tradiciones edilicias modernas han primado el muro de tierra sobre el de piedra, resulta coherente encontrar este sistema en épocas prerromanas. En este caso sus medidas estaban en torno a 30/26x6/8x15/18 centímetros de longitud, anchura y grosor (24B y SPC).

Semejante situación se repite en otros yacimientos cuyos entornos sedimentarios la favorece. Es el caso de Alcácer do Sal –Capas 6 y 8– (38.a), en pleno estuario del Sado, o, probablemente, de Odemira (102.c) y Mértola (29.a), pero incluso cuando la roca caliza local es suficientemente dura, se usa como material constructivo. Un ejemplo bien conocido es el castro de Pedrão, con muralla y paredes de piedra. Por el contrario algunas estructuras interiores se realizaron en adobe en el mismo Capote (30/25x10x8 centímetros, estancia LE-A).

El uso del adobe o de los muros terreros parece estar, por tanto, condicionado a la calidad constructiva de la piedra (especialmente en el rasgo de dureza y resistencia) y a la plasticidad de las tierras localizadas en sus entornos.

Es por ello que, en la mayoría de los poblados del Sado-Guadiana, la piedra parece haber sido la materia prima edilicia principal, dada la abundancia de granitos, pizarras, cuarcitas o gneis, entre otras rocas cuya utilidad constructiva es sobradamente reconocida. De los adobes conocidos, aunque las medidas oscilan en torno a los módulos 30x8x10 en Badajoz y Capote y 35x20x15 en Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos, los testimonios son excesivamente escasos como para deducir generalidad alguna.

Pero el ejemplo de la Alcazaba de Badajoz (4.a) sirve además para abordar un aspecto, a menudo tan olvidado, como el de los enlucidos. La visión de los «desnudos» lienzos de piedra de Capote (6.a) estimula nuestra sospecha sobre la existencia de enfoscados de barro que estéticamente proporcionasen una visión homogénea y, probablemente, ayudaran a la conservación de las paredes. Pero ciertamente, tras la excavación de un notable número, no hemos encontrado indicio alguno (algo esperable, dada la naturaleza del material).

Se conoce el uso de finas losas de pizarra para recubrimientos de, al menos, los zócalos interiores de las habitaciones. Pero este uso, a juzgar por las escasas muestras, no fue muy habitual. Sólo en dos estancias (KE-B y LLE-H) se localizaron dos o tres lajas «in situ». De formas irregulares, suelen presentar tamaños que oscilan entre los 0,4 y 0,6 metros de altura y longitud máximas. Una apreciación similar, para Cancho Roano, es el mejor paralelo (Maluquer de Motes, 1983, fig. 3).

En resumen parece claro el aprovechamiento generalizado de los materiales del entorno, en especial en lo referido a la piedra, por lo general el más abundante. Cuando la calidad de la roca local no es aceptable, como las blandas calizas de Badajoz, y existen suelos aluviales cercanos se impone el uso del adobe o del tapial. Por lo general estas dos últimas técnicas se documentan mayoritariamente sólo en poblados singulares, como el mismo Badajoz (4.a), aunque debían usarse abundantemente con cierta marginalidad respecto a la piedra.

La madera, por último, no parece relegada, aunque por su naturaleza no se documente con facilidad. Algunos pequeños asentamientos, como Pomar 1 y el Castejón de Bodonal, y su uso como complemento de murallas de piedras (Degebe 61.b) son sus mejores testimonios.

TECHUMBRES: SISTEMAS Y ELEMENTOS DE COBERTURA

Pocos restos se han documentado de estos elementos, tan difíciles de registrar, antes de la época romana. El uso de tégulas antes de la presencia real de Roma, como innovación llegada por contactos culturales y comerciales es algo no comprobado pero que creemos factible. Sin embargo es de notar que en poblados como el Castejón de Capote, los cuales parecen haber sido abandonados con la romanización, no se encuentran, por ahora, fragmentos de tégulas.

Se han documentado indicios de dos o quizá tres sistemas:

- a) Techumbres de rama y paja.
- b) Tejados con cubierta de lajas de pizarra.
- c) Cubiertas por aproximación de hiladas.

Techumbres de rama y paja

La aparición de una capa de carbonillos y cenizas, de varios centímetros de espesor, sobre los pavimentos puede ser interpretada como restos de las techumbres de rama y paja que debieron cubrir estas construcciones.

Donde mejor se ha documentado este tipo de cobertura es en hábitats de «menor entidad», como Pomar 1 (37.a), pero raro es el poblado que, excavado en extensión, no presenta capas de cenizas y carbonillos dispersas con cierta homogeneidad o pequeños postes de sujeción emplazados, bien en zonas centrales, cuando las paredes son de materiales más duraderos o las estancias más amplias, bien rodeando el ámbito, cuando se construyó con los mismos ramajes. Ejemplos del primer caso los localizamos en poblados como los Castillejos 2 de Fuente de Cantos –AB 4 y B5– (9.a), el Castejón de Bodonal (53.b), o en el pavimento de tierra batida y cal de la capa 3 del Corte Alcazaba 84/SPC de Badajoz (4.a), con probables techumbres de ramaje y paredes de piedra y tapial.

Tejados con cubierta de lajas de pizarra

Pero las mismas sujeciones o sus restos facilitan, a veces, afortunados indicios de techumbres de mayor entidad, cuya cobertura podría abarcar espacios más amplios y, quizás, plantas superpuestas.

Uno de los restos más concluyentes lo conforma la presencia de agujeros, regularmente situados a una altura superior a los dos metros, que hemos observado en la cara interna de la muralla de los Castillejos 2 de Fuente de Cantos (9.a). Situados en una sola hilera y con un

diámetro medio entre los 15 y 25 centímetros, no pueden considerarse como meros mechinales. Por el contrario nos parecen una probable prueba de la existencia de travesaños de madera que debieron sostener sólidas techumbres con una inclinación hacia la entrada (como el director de su excavación, J. M. Fernández Corrales, podrá confirmar en un futuro).

Similar situación aparece en el bastión de entrada de la Puerta Central de Capote (6.a), excavado su interior en la campaña de Octubre-Noviembre de 1991. Aquí localizamos cuatro agujeros de alzado subrectangular y 20-25 centímetros de lado, a una altura superior a los dos metros desde el pavimento y cuya función pudo ser la de sujeción de un segundo piso de la torre, dado que la pared exterior continúa más arriba.

El estrato 8 del sondeo realizado en el Castillo de Alcácer do Sal (38.a) demuestra la existencia de estos arzones complejos en las techumbres de algunos edificios. La división en capas menores (8.a-d) permitió observar cómo la naturaleza de los numerosos carbones y maderas, localizados en el estrato, cambiaba hasta presentarse como auténticos maderos carbonizados caídos sobre el pavimento 8.e.

En otros edificios, exentos, el uso de gruesos postes centrales parece confirmar la presencia de estos sistemas de cobertura más complejos. Conocemos en la estancia LE-B del mismo Capote (6.a), una basa de piedra (en realidad una piedra base de molino, dada la vuelta), debidamente acuñada, encajada en el suelo y emplazada justo en el centro de la estancia, cuya función debía ser la base de un grueso poste de madera que, a modo de pilar, sujetaba la techumbre por la zona central de la habitación (fig. 34).

Estos sistemas de sujeción se completan con el tipo y los elementos de las cubiertas que, mayoritariamente, seguirían siendo de paja y ramas, aunque creemos tener suficientes pruebas para asegurar el uso de otros materiales.

Así, en una gran mayoría de las estancias del castro de Capote se han documentado gran cantidad de finas lajas de pizarra, dispersas por todas las plantas, y a diversas alturas y disposiciones. Dado que los muros localizados son en su totalidad de cuarcita, cabe pensar que las pizarras fueran el medio de techar estas habitaciones.

La posibilidad se refuerza con la falta de estas lajas en los espacios que probablemente estuvieron a cielo abierto, como la calle central, los callejones o la misma estancia LLO-A del Altar. Este ámbito, por su propia estructura, no debía estar techado. El poco espacio total (en torno a los 4 metros cuadrados), la importancia del hogar con forma de mesa que abarca al menos un tercio de esta superficie y su apertura completa, por uno de sus flancos, hacia la «calle» propician la interpretación de un espacio sin techar. Ninguna laja de pizarra o material similar fue localizado en su interior.

No obstante, en su reconstrucción gráfica, hemos preferido colocar una cobertura de paja que protegiese el lugar de las borrascas del Suroeste, a las que está orientado (fig. 40).

En el estudio previo a esta propuesta se planteó la orientación de las techumbres de las estancias de esta Zona Central de Capote que, por otra parte, conforma

el mayor espacio excavado. El índice de pluviosidad anual, cercano a los 1.000 centímetros cúbicos, y la procedencia suroccidental de la gran mayoría de las borrascas permitiría asegurar que las techumbres (como las actuales) debieron tener una apreciable inclinación. Pudiera ser resolutive la observación realizada sobre el bloque de estancias que se abren al Este de la «Calle Central» (figs. 37.4 y 49). En ella, la presencia en planta de estancias anchas pero poco profundas que dan a la Calle, contrasta con la forma alargada y estrecha de las dependencias situadas más al interior. Ello pudiera ser indicio de una cobertura a dos aguas de la que la vertiente occidental, más expuesta, fuese más corta e inclinada, ofreciendo así menor resistencia al impacto y retención de las aguas de lluvia, y más solidez ante los vendavales.

Cubiertas por aproximación de hiladas

Por último cabe indicar que para ciertos investigadores, como Manuel Maia, en algunos de los *castella* republicanos (v.g. Castelinho dos Mouros —28.a—) pudiera documentarse, a finales del siglo I a. C., una de las primeras utilidades de cubiertas abovedadas, quizá con un sistema del tipo «por aproximación de hiladas», pese a que los indicios para tal suposición apoyados en la disposición de los restos caídos, parecen muy escasos (Maia, 1986).

PAVIMENTOS Y UMBRALES

De menor a mayor complejidad técnica se han documentado las siguientes formas de ensolado:

1. La roca natural, previamente alisada.
2. Tierra y piedra machacada y batida.
3. Tierra batida y cal.
4. Barro cocido.
5. Guijarros.
6. Losas de cuarcita o de pizarra (pavimentos/umbrales).

La roca natural, previamente alisada

No es muy frecuente este caso, confundido quizá por supuestas pérdidas debidas a la erosión. Se conoce en algunos sitios como el corte AB4 de los Castillejos 2 (9.a), en el que se excavaron varios hogares sobre la misma roca y es presumible, también en otros como La Martela, el Castejón de Bodonal (53.b), la onubense población de Maribarba (65.b) o el mismo castro de Monte Furado, Belezão (62.b).

Tierra y piedra machacada y batida

Está especialmente documentado en los cortes 1 y EJE 3 de la Martela (24.a). Se trata de una capa muy compacta y dura, compuesta de tierras amarillas, gravillas y pizarra machacada, sobre la que parten los muros

y que parece haber servido de nivelación, cimentación y solado.

Algunos cortes de la Fase I de los Castillejos 2 (9.a) muestran posibles suelos de barro o tierra apisonada, según sus excavadores (J. M. Fernández Corrales), mientras en la Fase I b del Corte 1 de Belén, se observa un pavimento de tierra apelmazada y piedrecillas, como apuntó A. Rodríguez Díaz.

Tierra batida y cal

Una rara variante de la anterior, técnicamente más compleja y con mayor grado de resistencia, es el pavimento de tierra batida y «cal», entre las que no se excluyen pequeñas piedras. Fue localizado en la capa 4 del AL86/SPC1 (+192, 503) y en la capa 3 del AL84/SPC, Alcazaba de Badajoz (4.a). Su cronología prerromana temprana, confirmada por las numerosas cerámicas estampilladas y «a mano», y reforzada por piezas de cerámica ática y una fíbula anular de puente en timbal o navecilla (falta la zona central), parece fuera de toda duda.

El uso prerromano de la «cal» es desconocido en la región, fuera de este yacimiento, cuyas especiales características constructivas se extienden también a los muros y otros restos arqueológicos. Es significativa que sea caliza la roca base del horst de Badajoz (del mismo cerro de La Muela y del gemelo de San Cristóbal) y en este caso, creemos que su uso pudo surgir entre los pobladores del castro de la misma forma que surge, entre los de La Martela, el de la pizarra local, aunque con resultados más prácticos.

En este caso, parece interesante indicar que algunas de las hogueras abiertas en la fase 3/4 (contemporánea con el pavimento referido de La Alcazaba) de la «Calle Central» del castro de Capote (4.a) ofrecían un fondo blanquecino y endurecido, producido por la acción del fuego sobre la base caliza de la roca madre en este lugar (el subsuelo del yacimiento presenta una alternancia de pizarras y calizas, frecuentemente rota por afloramientos cuarcíticos). Pero en tal caso no se trata de pavimentos.

Suelos de barro cocido

Frente a la rareza del sistema anterior (facilitada por la escasez de rocas calizas o metamórficas), los suelos de barro endurecido por la acción directa del calor, bien procedente de fuegos artificiales o simplemente del sol, son los más frecuentes, constatados prácticamente en todos los yacimientos. Son claramente diferenciables por su color rojizo y dureza superficial. El espesor es variable aunque nunca suele sobrepasar los 20 centímetros.

El ejemplo más claro lo detectamos en la estancia LE-C de Capote (4.a), campaña de 1989. Sobre el fondo nordoccidental del departamento y al pie de una pared que divide la habitación, se localizó una superficie bien conservada del suelo del nivel 2 (finales del s. II a. C.). La capa de 0,10 metros de potencia máxima presenta un color rojizo, una dureza considerable y, sobre su superficie, las huellas de ramajes de escobas quemadas

(fig. 39). Ello lleva a suponer que este ensolado debió realizarse poco antes del abandono definitivo del poblado, hipótesis que refrenda la abundancia de materiales localizados en esta estancia. Incidimos en esto porque creemos que la naturaleza de tales suelos debía exigir frecuentes reparaciones de las que sólo un estudio ampliado de sus perfiles podría dar cuenta (periódicamente reforzados con el simple aplique de una capa de barro nueva).

En Portugal está documentado en la capa 8 de Alcácer do Sal (38.a) y su uso se mantiene, como era de prever, en épocas posteriores. Así suele ser el tipo de pavimento comúnmente asociado a los *castella* bajoalentejanos según los trabajos de Manuel Maia.

Guijarros aprehendidos en barro

Se conoce esta utilización en las construcciones de El Castañuelo de Aracena, donde aparecieron pequeños guijarros cubiertos por una capa de barro apisonado que se introduce por los intersticios, formando una consistente solería. No cabe duda que no se puede considerar una solución popular, sino más bien dependiente de la existencia de guijarros o cantos rodados en terrenos próximos a riberas y de la dedicación constructiva necesaria.

Sin embargo, nuevos hallazgos han puesto en evidencia que esta técnica fue puntualmente usada en yacimientos tan distanciados como Capote (6.a) o la Alcazaba de Badajoz (4.a), en fechas relativamente tardías.

En el primero, durante la campaña de 1990 se descubrió un camino de ronda, exterior a la Fortaleza y protegido por un antemuro a modo de «barbacana», realizado con el mismo sistema. En el segundo, los pavimentos con guijarros son conocidos en los interiores de estancias documentadas en los cortes AL84/SPC y AL86/SPC1, justo en la fase posterior a la del pavimento de tierra y cal antes citado.

Pavimentos de losas de cuarcita o pizarra (suelos y umbrales)

La aplicación de grandes y medianas losas para la construcción de umbrales y pavimentos se han constatado con cierta reiteración en el castro de Capote (6.a). Parece una constante que todas las puertas que abren hacia el Poniente (es decir, hacia la procedencia de la mayoría de las borrascas) tienen un enlosado de tres, cuatro o más losas, fuertemente encajadas, a modo de umbral. Este, como se observa en las estancias LE-B y LE-C se extiende fuera y bajo el vano de la puerta, e incluso penetra, con otras tantas losas, en el interior de la estancia (fig. 37.4).

Por otra parte, el uso de cuarcitas y, eventualmente, pizarras como elementos del pavimento completo de una estancia está bien constatado en los departamentos LE-A y KE-B del mismo castro. Asimismo se documenta un pavimento de irregulares losas de pizarra en el Corte 2 de la campaña de 1987. Las losas se extienden por toda la zona B, considerada del interior de una vi-

vienda y aunque muy destruidas en algunos de sus puntos, se conservaban en buena disposición junto al muro septentrional de este corte. Estaban colocadas sobre una pequeña capa niveladora, de barro. Otro pavimento similar fue localizado en la Fase Ia (Corte n. 1) del poblado de Belén (5.a), en el que las lajas de pizarra se superponen a un nivel de tierra apisonada, en idéntica disposición que en Capote.

Básicamente recuerdan al documentado en el poblado minero de Cerro Salomón, Riotinto. En esencia nos parece la misma solución técnica que la categoría anterior aunque con diferentes materiales, en este caso losas por guijarros. Ambas técnicas son conocidas en la Hispania Central y Meridional desde la Primera Edad del Hierro, en estructuras domésticas o de una cierta relevancia como en el citado cerro onubense (Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1970, 10-12, figs. X-XIV), en San Antonio del Jarama; Cerro Macareno VIII (Pellicer, Escacena y Benda-la, 1983, 58); Colina de los Quemados, Córdoba (Luzón y Ruiz Mata, 1973, 350, fig. 6) o, en su máxima versión técnica, en el «santuario pre-ibérico de Cástulo (Blázquez y Valiente Malla, 1981 y 1985, 179-190).

De un momento contemporáneo a los de Capote y Badajoz parece ser algún pavimento similar, localizado en las excavaciones de Alonhoz, aunque, según Fernández Galiano y Valiente Malla, el uso de pavimentos de guijarros parece tener una recesión durante la época ibérica, para resurgir de nuevo con la implantación romano-republicana (López Palomo, 1981, 129-154, 169-171, fig. 42; Fernández Galiano y Valiente Malla, 1983, 46-47).

SILOS, FOSAS, CISTERNAS Y DEMAS SUBESTRUCTURAS

Entre las escasas construcciones subterráneas, cuyo uso no parezca haber sido esporádico, incluimos las fosetas denominadas e.n. 1, 2 y 3 del Sondeo 2 de La Martela (24.a). Todas ellas se excavaron sobre la roca madre y estaban dentro de estancias, en apariencia, ordinarias.

Mención aparte merecen dos grandes socavones de varios metros de diámetro, conocidos en los castros de La Martela y Capote, situados en las partes centrales de los recintos y que, especialmente en el primer caso, han sido considerado charcas o aljibes para la recogida de aguas.

En La Martela (24.a) pudimos comprobar, hace ya una década y antes de que fuera rellenado de piedras sueltas, que el socavón afecta a la roca madre, como si estuviera tallado en ella. Una serie de peldaños, de los que sólo eran visibles los superiores, facilitaban el acceso al centro de la oquedad. Su función como contenedor de aguas, en un asentamiento de tan difícil y pronunciado acceso, parece clara y necesaria.

En Capote (6.a), sin embargo, la situación dio distintos resultados. De aspecto muy similar al anterior, se localiza en plena ladera sobre el río Sillo, con un grado de inclinación nada despreciable. De esta forma, hoy sólo afecta a su mitad oriental, apoyada sobre la zona superior de la pendiente, mientras la parte opuesta, en semicono, no es más que una mera acumulación artificial de piedras de mediano tamaño que irregularmente se apo-

yan unas sobre otras. Desgraciadamente los trabajos de excavación no pudieron aclarar ni concluir en octubre de 1991. Con una profundidad de 4,5 metros se localizaron tres grandes «escalones» tallados en la roca madre (cuarcita) que corrían paralelos al río y, por tanto, perpendiculares a la pendiente. Bajo ellos una dura capa de tierra y caliza descompuesta, con escasos pero significativos materiales arqueológicos, continuaba hasta la profundidad de 6,5 metros, en la cual, por carecer de espacio útil se detuvo la excavación.

Dos han sido las consecuencias claras:

1. Que la talla protohistórica de la roca fue confirmada por el claro aspecto de gran escalinata que sus bloques ofrecían y por documentarse cerámicas a torno y a mano, y un as ilipense, entre los intersticios rocosos.
2. Que lo único evidente es la presencia de un gran vacío sobre la ladera interior del poblado, que convierte a ésta, en parte artificialmente, en una acusada pendiente. Los citados testimonios afirman la presencia de una cueva, quizás registro minero, bajo la citada capa inferior. De todas maneras parece claro que no son estructuras para mantener el agua de lluvia.

De las oquedades del corte EJE 3 de La Martela (24.a), la primera es de planta oval y tiene unos 4 metros de largo y 0,15 metros de profundidad. Se encontró colmatada de una tierra oscura, viscosa y compacta, pero no se localizaron restos orgánicos detectables y sólo algunos fragmentos cerámicos muy rodados, en su parte superior. La e.n.2 parte bajo la anterior, tiene una planta tendente al círculo, de 1 metro de diámetro y 0,3 metros de profundidad. Posee base plana y sección en «U», con el mismo relleno que la anterior. La e.n.3 muestra dimensiones y formas similares. Es evidente que estas «fosas» son poco profundas para cumplir una función contenedora eficaz. No creemos que puedan catalogarse como silos o basureros, pero sí como suelos con materiales endebles, propios de las cabañas.

BANCOS Y POYETES, EXENTOS Y ADOSADOS

Este tipo de estructura, bien conocida en otros poblados prerromanos meseternos y meridionales, es reconocido con amplitud en algunos de los yacimientos más extensamente excavados del Sado-Guadiana.

Generalmente contruidos con mampostería de piedra seca o trabada con barro, estos poyos se agrupan en tres categorías:

Bancos exentos

Se conocen en varias dependencias del castro de Capote (6.a), generalmente dividiendo la habitación en dos mitades alargadas (figs. 34, 49.1). En el caso de las estancias KE-A y KE-B, un banco totalmente exento ha servido, en la fase II, para dividir la habitación en dos ámbitos claramente distintos: KE-A, pavimentado con

grandes lajas de cuarcita y KE-B, con tierra apisonada y un hogar junto al banco en estudio. La parte superior del poyo está culminada con finas lajas de pizarra. Otro ejemplo similar ha aparecido al levantar el testigo que divide las estancias LE-B y LLE-A que, en la fase II, corresponden a la misma casa.

Bancos adosados a un lienzo de pared

Es un sistema mucho mejor conocido, en yacimientos como Neves II (33.a) donde, a veces, abarcan toda la longitud del lienzo (fig. 38.3), como en el Castañuelo (fig. 37.2) o en Capote.

Bancos adosados a lo largo de dos o más muros

Este sistema, por último, se documenta en estos dos poblados. Su ejemplo más elaborado se localiza en la estancia LLO-A del último de ellos, donde el banco corre a lo largo de las tres paredes del departamento, rodeando estrechamente el altar central que lo define (fig. 35.4, 40).

HOGARES, HORNOS Y ESTRUCTURAS METALÚRGICAS

Hogares (fig. 35)

La importancia que la presencia de hogares tiene para la definición de las áreas de actividad, dentro de la ordenación del espacio doméstico, se ve acompañada por la variedad de los mismos.

Desarrollando un muy loable primer intento tipológico realizado por Rodríguez Díaz para la Baja Extremadura (1987, 592-3), se ha procedido a una necesaria adaptación y a la inclusión de un componente funcional para el mundo prerromano del Sado-Guadiana inferior, localizando las siguientes variantes técnicas:

- a) Hogar excavado en roca.
- b) Hogar conformado por una capa de arcilla.
- c) Hogar compuesto por tierras y piedras.
- d) Hogar construido en piedra.

Hogar excavado en roca, de medio metro de diámetro y forma tendente al círculo, con una profundidad media entre 0,15 y 0,20 metros. En alguno de sus ejemplos se encuentran colmatados de cenizas, carbones y escorias de hierro. Se conocen tres en el corte AB4 de Los Castillejos 2-(9.a).

La presencia de las escorias llevó a pensar, al mencionado investigador, en su uso dentro de sistemas de explotación metalúrgica a nivel familiar. Ciertamente se trata de un tipo de hogar raro, dedicado a funciones específicas que se apartan de las genéricamente culinarias o plurifuncionales para dedicarse a actividades concretas, aunque habituales. Debe considerarse un sencillo horno metalúrgico (del tipo I), por lo que será incluido a continuación entre los ejemplos pertinentes.

Hogar conformado por una capa de arcilla, sin delimitación con piedras, cocida por la acción del fuego realizado sobre ella. Se documenta ampliamente, por su sencillez, en yacimientos como Los Castillejos 2 (9.a), Capote (6.a), El Castañuelo (8.a), Belén (5.a), etc. Suele tener forma oval, o tendente al círculo, y presenta varias capas de cenizas y depósitos orgánicos, consecuencia de sus reutilizaciones (fig. 35.2).

Generalmente son hogares tan multifuncionales como sencillos, cuya máxima utilización estaba relacionada con actividades culinarias y de calefacción, a menudo eventual o esporádica.

Hogar compuesto por tierras y piedras, delimitado por una o dos hiladas de piedras y con evidente acción de fuego.

Poseen forma rectangular, subrectangular, circular o semicircular y sobre ellos, y en su entorno, se documentan abundantes carboncillos y demás restos orgánicos.

Se registran en la Fase I, Cortes A 3 y W'3 de Los Castillejos 2, con plantas tendentes al círculo, y en el Castañuelo, y en el Castrejón de Capote (HE-A), subrectangulares (fig. 35.3).

Se trata del tipo más habitual en los interiores de las dependencias domésticas y quizá por ello son vinculados a las actividades de cocina y calefacción.

Hogar construido en piedra, en varias hiladas y con planta rectangular que le confiere forma de mesa. Presentando la forma técnicamente más compleja, el único ejemplo de este máximo logro que podríamos llamar «hogar» es el denominado altar de Capote (fig. 35.4).

Su función es, por tanto, tan específica como su presencia. La gran cantidad de cenizas, carboncillos y huesos, quemados o no, distribuidos sobre y a los lados de esta mesa, junto con las piezas propias de las actividades culinarias (parrilla, badila, asadores, cuchillos, copas, platos, etc.) confirman las actividades propias de un hogar. Su emplazamiento, en un ámbito abierto únicamente a la calle por su flanco sudoccidental completo y sobresaliendo de ésta gracias a la elevación de su suelo (en podio), no hace más que reforzar la singularidad de su existencia (véase el apartado «Construcciones Socio-políticas»).

En lo que se refiere a sus emplazamientos, en general los hogares aparecen situados en tres colocaciones, respecto a la planta de la estancia: bien en el centro de la estancia, como es el caso de tres de los seis documentados en el Castañuelo (8.a), el poblado de Neves II (32.a), o de los del castro de Capote (6.a); bien cercanos a una de las paredes, algo frecuente en Los Castillejos 2 (9.a) y conocido en Belén (5.a) o adosados a ésta, como se ve en este último hábitat, en Capote (Corte 1, Estancia KE-B) y, también, en el poblado del Castañuelo. Sus tamaños no superan el metro de lado, o de diámetro, y sus formas suelen ser tendentes al círculo, ovales, irregulares, rectangulares y cuadradas.

Aparecen en número de dos en una misma estancia en los cortes W'3 y AB 4 de Los Castillejos 2, dato importante que debe interpretarse como signo de definición de una actividad diferente de la del simple hogar, relacionada con la reducción y fundición de metales,

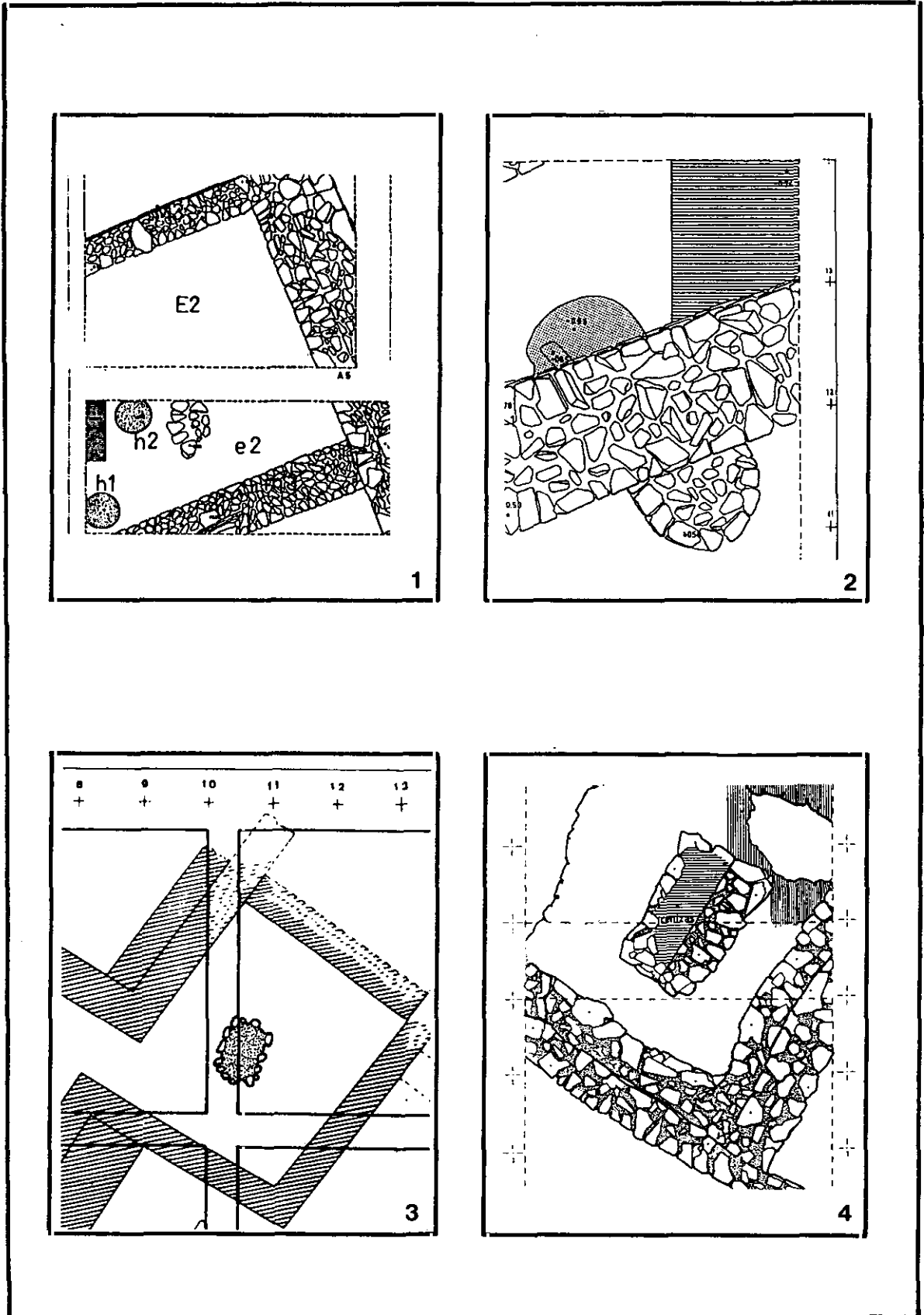


Fig. 35.—HOGARES: 1. EXCAVADOS EN ROCA; 2. DE ARCILLA; 3. DE ARCILLA y PIEDRA; 4. DE PIEDRA (1-2: Los Castillejos, según Rodríguez Díaz, 1987, Fernández Corrales, Saucedo y Rodríguez, 1988); 3: Castañuelo (según Del Amo, 1978); 4: Capote (altar).

como testimonian la presencia de escorias de hierro en los de la franja AB 4.

Hornos (fig. 36)

Dentro de este apartado se incluyen una serie de estructuras que han sido relacionadas por los excavadores con actividades de beneficio de metales, con dos tipos morfológicos básicos:

I. *Horno de base en hoyo, generalmente sin toberas* (fig. 36.1)

Abarca los esquemas más sencillos de hornos metalúrgicos, formados por una oquedad excavada en roca y con planta, más o menos circular, destinada a albergar el metal, la escoria reducida y vitrificada y el carbón.

Todo ello, a su vez, estaba cubierto por un cono o «chimenea» de cerámica sobre armazón de madera que, abierto por su extremo superior, contenía el mineral de hierro y carbón vegetal. La necesaria entrada de aire y la evacuación de las escorias líquidas se realizaban mediante agujeros abiertos en la base del cono o chimenea de cerámica refractaria, a pocos centímetros sobre el arranque del hoyo excavado.

Dado que la chimenea debía destruirse tras cada proceso de reducción, para permitir la extracción del metal, sus únicos restos suelen ser la oquedad excavada en la roca y las escorias y carbones que la cubren.

Ejemplos de ello lo encontramos en los tres «hogares», excavados en roca, con formas tendentes al círculo y distanciados entre sí un metro, que aparecieron en el corte AB 4 de Los Castillejos 2 (9.a), colmatados de cenizas, carbones y escorias de hierro.

Varias estructuras similares fueron localizadas por Gamito en Chinchorro (108.c) y, especialmente, en el edificio central de Segovia (39.a). La excavadora los interpreta como un sistema de tratamiento del metal extraído en minas cercanas, a pequeña escala. Quizá hubiera que ponerlas en relación con lo que se considera horno de cobre y estaño localizado en el castro de Baldo (Gamito, 1988, 165-167).

En conclusión, se trata de un sistema rudimentario, de uso «familiar» y aparición muy frecuente durante la Protohistoria de Europa. Numerosos paralelos se documentan entre las comunidades de la Edad del Hierro Centroeuropea y Occidental (Tylecote, 1962; Hingst, 1978, 63-71; Brun, 1987, 43-44).

II. *Horno de fábrica de adobes con toberas de aireación y evacuación* (fig. 36.2)

Se trata de un sistema más complejo, que generalmente presenta una base de piedras o de cerámica refractaria (con alto componente silíceo) sobre la cual se disponía el carbón vegetal y mineral, dentro de crisoles cerámicos o mezclado con aquél y cubierto por una capa de material básico refractario, como puede ser la dolomía conglomerada.

A su vez todo ello estaba en el interior de una estructura con fábrica de adobe silíceo que, en forma cónica o de caperuza, tenía una apertura central para permitir la salida de los gases de la combustión, la entrada del mineral y del carbón, y la extracción del metal ya fundido.

Directamente comunicadas con la cámara de reducción están las toberas que, desde el exterior, facilitaban el aporte del aire por fuelle y la evacuación de gases, escorias licuadas y demás subproductos del proceso (Apraiz, 1978, 243-245).

Ejemplos similares a esta estructura, incluidos en la denominación «pot-furnace» de Forbes (1972, 198-204, fig. 36) no son frecuentes durante las Edades del Hierro, aunque no faltan algunos tan significativos como el de El Castellar de Librilla (Murcia), Toscanos y, sobre todo, restos de las toberas que remiten a construcciones similares, como las de Cerro Salomón, etc. (Ros Sala, 1989, 142-144, figs. 30-31; Keesmann et alii, 1989, 100-107; Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1970; Niemeyer, 1982, 116-117, figs. 6-7).

En las tierras alentejano-pacenses se localizan algunos restos cuya adscripción parece bastante clara:

Una estructura, posiblemente parte de otro horno, es la pequeña acumulación de adobes, de forma alargada y algo más de un metro de longitud, que se halló, colmatada de cenizas y de escorias de hierro, en el Sondeo n. 1 del poblado de Belén (5.a) (Fase I a-Nivel X).

Rodríguez Díaz la describe como sigue:

«La más importante es, sin duda, la de un posible horno, o al menos una estructura asociada a la fundición del hierro. Es de tierra cocida y su forma es alargada. Se trata de un canal de algo más de 1 metro de longitud y una anchura media de unos 0,25 metros. En su interior, se advierten dos cavidades de distinto tamaño perfectamente definidas. La primera es más o menos cuadrada, de 0,18 metros de lado; la segunda es menos regular y posee una longitud máxima de 0,70 metros y una anchura de 0,20 metros. Ambas aparecieron completamente colmatadas de cenizas y escorias» (1991, 37).

De nuevo durante la última campaña (octubre-noviembre, 1991) en el castrejón de Capote (6.a) se localizó una interesante estructura que, pese a no estar debidamente estudiada por la inmediatez del hallazgo, no podemos dejar de comentar.

Muy semejante a la anterior, apareció en el nivel 3 de la estancia KE-B de la Zona Central.

Se trata de un semicírculo de tierra amarilla (propia de una fábrica de adobes descompuestos) claramente diferenciada del ocre natural, con 1,5 metros de diámetro, de la que en dirección Nordeste parte un canal de barro refractario que, con funciones de tobera, está revestido al interior por una capa de fina escoria y colmatado de cenizas. En su extremo contrario, a poco más de 1 metros de distancia, la tobera tuerce en ángulo recto hacia arriba. Desgraciadamente el suelo de nivel de ocupación II arrasó con toda la estructura. Por ello sólo se conservó, en buen estado, el tramo del canal (parcialmente completo), que juzgamos corría a nivel de la base o enterrado en el suelo, y los cimientos

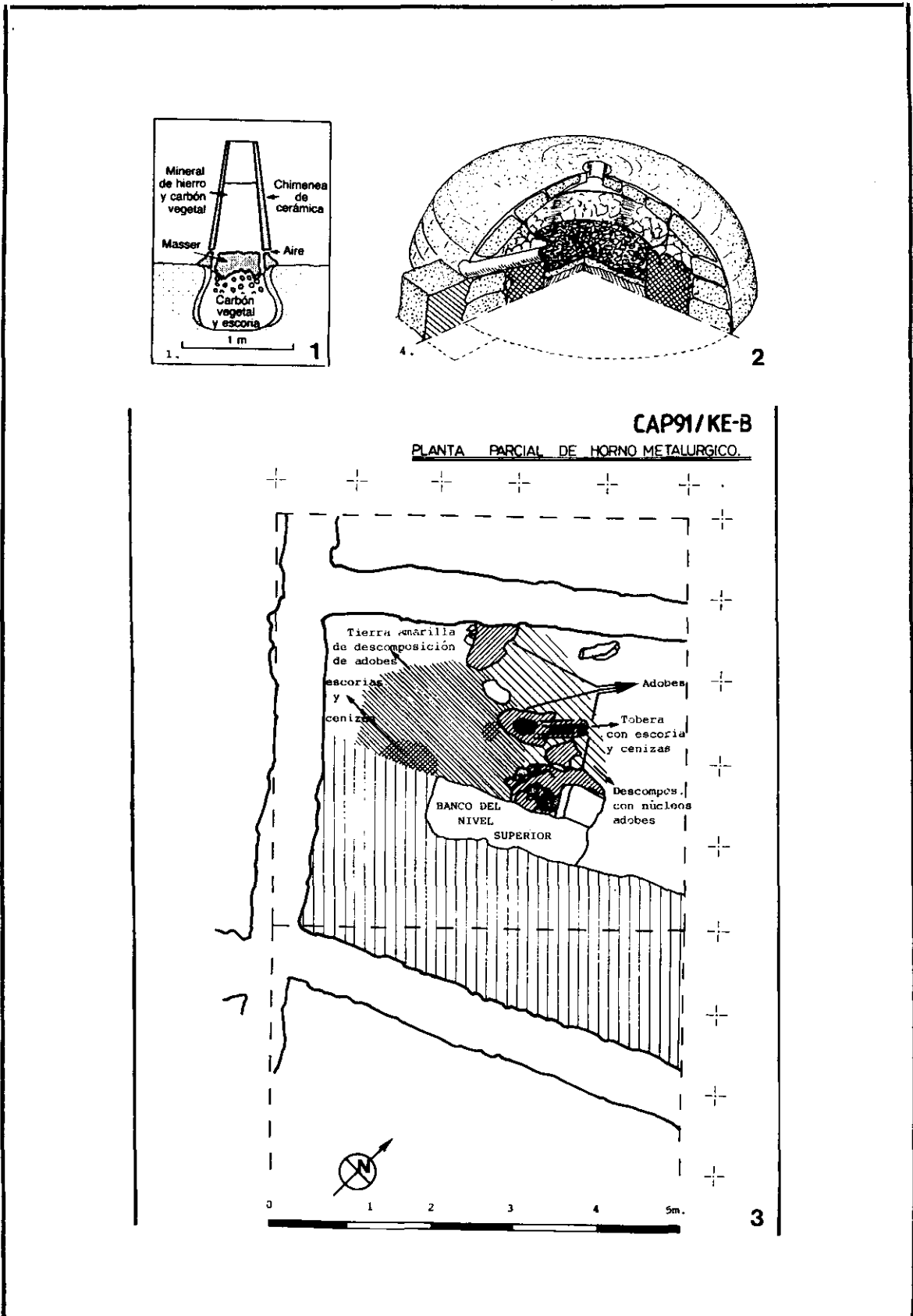


Fig. 36.—HORNOS METALURGICOS: según Hings, 1978 (1) y Ros Sala, 1989 (2); planta del hallado en Capote, Nivel 3/4 (3).

de adobe de la estructura, que en su centro aparece hueca (fig. 36.3).

Se realizó, durante la campaña, un análisis metalográfico de los componentes de una muestra de escoria tomada del interior de la tobera, por parte del Laboratorio de Química Inorgánica de la Sociedad Anónima Prereducidos Integrados del Suroeste de España (PRESUR.SA, Fregenal de la Sierra), proporcionando un 14,06 por 100 de Fe III, 29,39 por 100 de Fe II y 28,70 por 100 de SiO₂, así como un 43,45 por 100 de Hierro total. En palabras del director del Laboratorio, D. Alberto Marfil García, estas importantes cantidades de residuos de hierro mineralizado son propias de escorias en contacto directo con el núcleo beneficiado del mineral. El porcentaje de sílice respondería a su utilidad en zonas de alta temperatura ambiental, dadas sus características refractarias que impedirían que el tubo o canal de cerámica o adobe se resquebrajase con frecuencia. El uso del horno metalúrgico, para el beneficio del hierro, queda plenamente comprobado.

Por último, procedente de la Fase Ib del corte NO E'3 de Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos (9.a), conocemos el hallazgo de un bloque «amorfo» de adobes, en mal estado de conservación, que muestra un pequeño canal de 3x0,12x0,1 metros de longitud, anchura y profundidad, con sección en «U» y colmatado de cenizas y escorias de hierro.

Sus excavadores (Fernández Corrales, Saucedo y Rodríguez Díaz, 1988) prefirieron relacionarlo con los restos de un muro de contención de las grandes vasijas de almacén aparecidas en el corte de excavación. Sin embargo, su semejanza con el hallado posteriormente en Belén, así como los restos de cenizas y escorias férricas que le acompañaban y el hecho de que las vasijas pudieran haber sido utilizadas como crisoles, por el grosor de sus paredes y la gran cantidad de sus desgrasantes medios y gruesos (que aumentan la refractariedad), denotan en nuestra opinión una función metalúrgica para esta estructura.

Además, un posible horno metalúrgico, que parece responder al tipo II, se cita en la memoria realizada sobre la excavación del Castillo de Jerez de los Caballeros –Corte 2, Fase V– (Carrasco, 1991).

En general, las numerosas muestras de escorias de fundición de hierro procedentes de los Castillejos 2 (9.a), de Capote (6.a), Belén (5.a), el Castañuelo (8.a), Castelo da Lousa (21.a), Nertóbriga (31.a), Safarejo (73.b), Degebe (61.b), Cuncres (60.b), Baldío (86.c), Rico (106.c), Segovia (39.a), etc. hablan por sí solas de la importancia de las labores de extracción y tratamiento del metal de hierro y de cobre. La cercanía a los abundantes recursos mineros, a veces a pie del poblado, no hace más que confirmar las conclusiones que estos restos indican.

En Capote (6.a), Nertóbriga (31.a) y en el Castañuelo (8.a) se han localizado también escorias de plomo y en estos últimos se catalogan de desechos del beneficio de oro y plata.

MOLINOS DE DOBLE PIEDRA

Como suele ocurrir, todas las excavaciones citadas, y otras más, han proporcionado fragmentos de piedras de

moler. Entre ellos se incluyen tanto las conocidas moleras barquiformes, aparecidas en gran número en el poblado de El Castañuelo (8.a) como en otros yacimientos. Pero estas piezas, por su tamaño, no pueden considerarse ni elementos constructivos ni otros componentes hijos del Microespacio.

No tiene la misma consideración la presencia de molinos de cuerpos cilíndricos, también relativamente frecuente.

Algunos, como en el corte EJE 3 de La Martela (24.a), fueron hallados con su piedra inferior «in situ», aunque no conocemos ejemplares completos fuera de los hallados en Capote (6.a).

Ambos repiten emplazamiento y estructura (fig. 34.A-A), y en ello coinciden con la del castro de La Martela. Espacialmente se localizan junto a esquinas en ángulo recto de estancias aparentemente ordinarias, ocupando un lugar equidistante en un metro, aproximado, de las paredes convergentes.

Estos molinos están compuestos por dos piedras cilíndricas, de las que la inferior presenta su mitad superior en forma cónica para encajar en el hueco de la superior. Esta, o piedra volandera, tiene dos oquedades laterales contrapuestas, muy cercanas a su máxima altura y destinadas a albergar sendos ganchos de un vástago transmisor del impulso rotativo. Un extremo agujereado en la cúspide del cono inferior parece indicar que en él hacía apoyo el citado vástago, centrado entre los dos garfios.

Es un tipo de molino técnicamente avanzado, datado en ambos poblados a finales del siglo II y formalmente muy próximo a posteriores ejemplares romano-republicanos.

MORFOLOGIA Y ORGANIZACION INTERNA DEL HABITAT

Sólo en una decena de yacimientos se han excavado y publicado núcleos suficientemente extensos como para abarcar unidades básicas del hábitat, como viviendas completas o edificios destacados. Estos asentamientos son los poblados de Capote (6.a), El Castañuelo (8.a), Los Castillejos 2 (9.a), Corvo I (10.a), Neves II (33.a), Pedrão (35.a), Pomar I (37.a) y Segovia (39.a), mientras de Miróbriga (27.a) no se han publicado plantas específicas (lo mismo puede ocurrir con excavaciones muy recientes, de la campaña de 1991, en poblados como Mesas do Castelinho –26.a– o Castelinho da Serra –42.a–).

Muy distinto aparece el tratamiento de los llamados *castella* republicanos cuyas dimensiones menores han facilitado los trabajos especializados, permitiendo entrever modelos básicos de organización interna de estas unidades.

FORMAS Y ORGANIZACION DE LAS ESTANCIAS

La planta mayoritaria de las estancias es, en su práctica totalidad, de forma rectangular.

Existe algún caso cuadrado o subrectangular en El Castañuelo (8.a) y Capote (6.a), y elíptico o redondo, en el Castillo de Jerez (19.a) o en Neves II (33.a). Otras habitaciones, de trazado irregular, aprovechan accidentes naturales (como en Monte Furado —68.b— o en La Martela —24.a—), mientras que no faltan las que se adosan a construcciones mayores, como las murallas, adaptando alguno de sus lados.

Pero, en general, puede afirmarse que las estancias prerromanas del Sado-Guadiana son de planta rectangular y dimensiones que les proporcionan un aspecto preferentemente alargado. Así, un cálculo medio de sus medidas indica que suelen oscilar por debajo 7x3 metros en longitud y anchura.

La organización del hábitat presenta, en las categorías más complejas, una gran dificultad para distinguir unidades habitables dado que las áreas excavadas no son suficientemente amplias. No obstante se documentan ejemplos en los que es común la utilización conjunta de muros, es decir que las estancias están adosadas entre sí, sin aparente orden, mientras otros presentan pequeños callejones o medianías que separan conjuntos de estancias. Por último, en ciertos casos, los restos indican la existencia de estancias exentas.

Se distinguen los siguientes esquemas organizativos:

1. Estancias exentas o aisladas.
2. Estancias adosadas entre sí por flancos.
3. Estancias alineadas y adosadas entre sí.
4. Estancias alineadas y adosadas entre sí, por los flancos, y abiertas por un extremo, a una calle.
5. Estancias en grandes edificios en planta cuadrada y compartimentos interiores.
6. Núcleo cuadrangular de estancias rectangulares, organizadas en dos naves laterales que, subdivididas perpendicularmente, comunican con otra central.
7. Núcleo cuadrangular de estancias rectangulares o cuadradas, organizadas en torno a una cuadrada central que sirve como espacio distribuidor.

1. *Estancias exentas o aisladas* (fig. 37.1). Este tipo de ámbitos está mal registrado. Los mejores ejemplos remiten a asentamientos de poca entidad constructiva, o de ocupaciones esporádicas y parciales. Así se constata en Pomar 1 (37.a), donde la endeblez de los materiales constructivos y la escasez y homogeneidad del material mueble nos permite suponer una ocupación temporal. De ella excavamos parcialmente una estructura de planta trapezoidal, cercana al rectángulo, y con 45 metros cuadrados de superficie, en la que sólo los huecos de sus postes, distanciados un metro entre sí y rodeados por pequeñas piedras para apuntalar, fueron documentados en la excavación.

La sencillez de los restos, y la parcialidad del área excavada, impiden asegurar su interpretación como hábitat ordinario, aunque no dudamos que construcciones de cabañas debían ser habituales en pequeños poblados como Pedra de Atalia (35.a), Fonte Santa (14.a), Atafona (1.a), etc.

2. *Estancias adosadas entre sí por flancos*, extremos o esquinas, y abiertas a pequeños ámbitos comunes, interpretados a modo de «patios» (fig. 37.2).

En El Castañuelo (8.a) se llegó a excavar la planta completa de, al menos, ocho habitaciones completas y otras tres parcialmente, que se presentan como recintos entrelazados y se comunican por accesos de una estancia a otra, con puertas que en algún caso llegan a ser dobles para una misma habitación.

El sistema constructivo se basa en la colocación de muros compartidos y unidos en zig-zags, que forman así una serie de espacios yuxtapuestos. En tres de las habitaciones se localizaron arranques de muros adosados a las paredes de las habitaciones, interpretados por Del Amo como bancos corridos.

Similar panorama se refleja en el hábitat de Corvo I, donde las estancias, con planta rectangular, se organizan en torno a un patio central pavimentado con lajas.

3. *Estancias alineadas y adosadas entre sí*, por los flancos, y con un lienzo en común —que suele ser la muralla— en uno de sus extremos (fig. 37.3).

Presenta un magnífico ejemplo en el poblado de Pedrao (36.a), pequeño hábitat caracterizado por una sucesión de ámbitos subrectangulares (estancia 1, por ejemplo, con medidas de 5,5x3,5 m.) construidos a partir del lienzo de la muralla. Las estancias documentadas suelen presentar un hogar central y las entradas en la pared extrema interior, por lo que, al ser la muralla de tendencia curva, las comunica con un área común, que serviría de ámbito distribuidor, comunicador y de acceso, a modo de única «plaza» central o sencilla calle longitudinal, recordando viejos patrones del Ebro (por ejemplo, Zaforas, Caspe).

4. *Estancias alineadas y adosadas entre sí, por los flancos, y abiertas por un extremo, a una calle* longitudinal (fig. 37.4). Esta organización, que puede considerarse dentro de esquemas protourbanos, ha sido documentada en el castro de Capote (6.a), al menos desde su fase 3/4.

Las estancias son grandes cuartos de planta rectangular, abiertas a la calle por uno de sus extremos o de sus flancos, indistintamente. En los casos mejor definidos, como las KE-A/B y LE-C, se localizaron hogares centrales y bancos o muretes que dividían la estancia en dos. El esquema, que como el anterior recuerda a los desarrollados desde antiguos y sencillos planteamientos urbanos de tipo «calle central» (Beltrán Lloris, 1987, 255-295), sólo se justifica en las habitaciones que conforman las calles, pero no en otras, alargadas y situadas en segunda línea.

5. *Estancias en grandes edificios de planta cuadrada y compartimentos interiores*. En Los Castillejos 2 (9.a), la vivienda excavada en los cortes 3, A'3 y AB 4 se emplaza en el centro del poblado con unos muros perimetrales más gruesos que los de las divisorias interiores. Estas configuran una serie de estancias rectangulares alargadas y presentan un cierto problema en cuanto al acceso desde el exterior, que pudo realizarse a través de la estructura escalonada, adosada al exterior (Fase II/corte W'3) para salvar un desnivel superior a un metro.

Desgraciadamente los datos son escasos como para desarrollar un trabajo suficientemente documentado so-

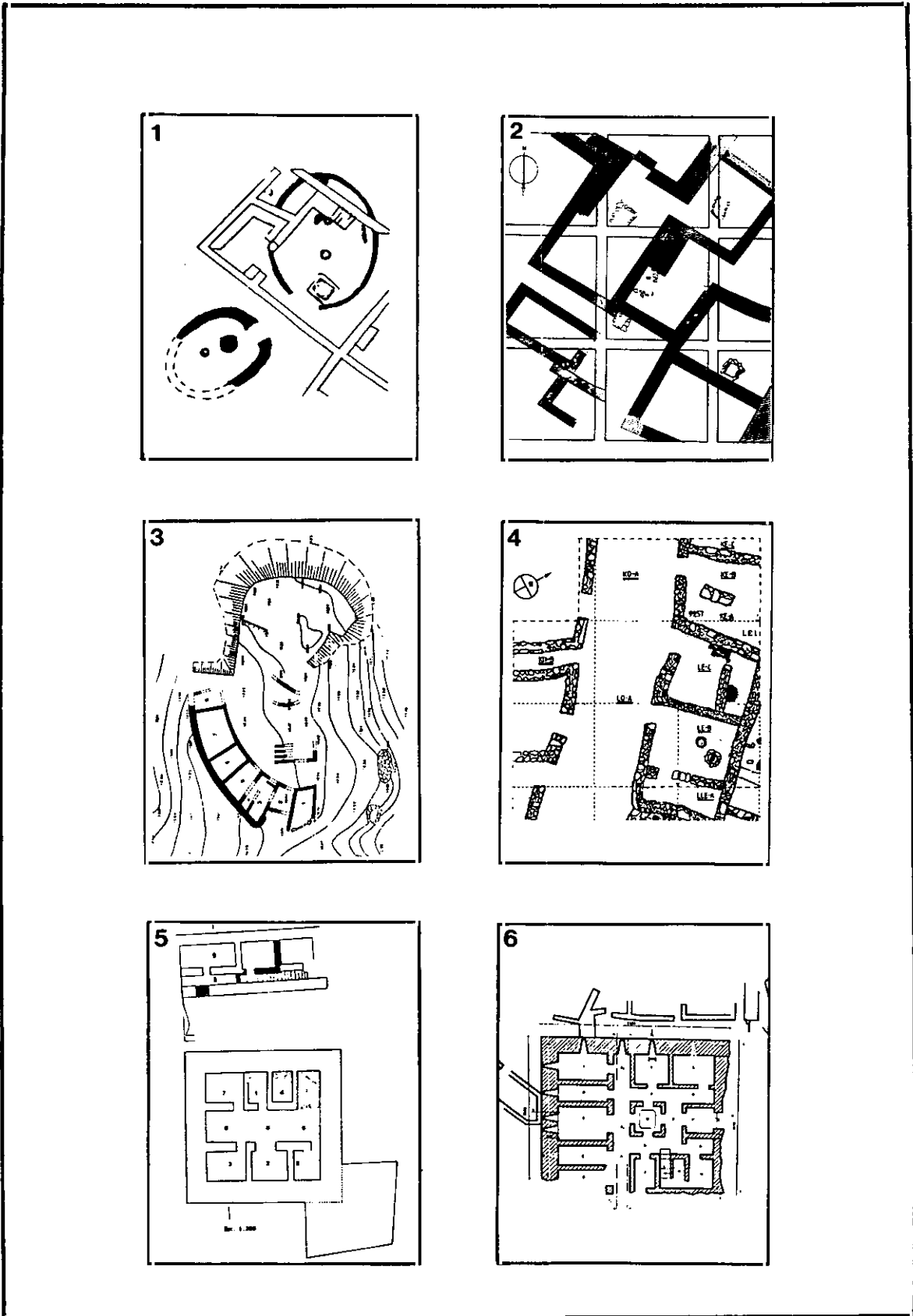


Fig. 37.—ESTANCIAS: 1. EXENTAS (Neves 2, según Maia y Maia, 1987); 2. ADOSADAS (El Castañuelo, según Del Amo, 1978); 3 y 4: ALINEADAS por los flancos y abiertas a un espacio central (3: Pedrão, según Soares y Silva, 1973) o a una calle (4: Capote); 5 y 6: AGRUPADAS en bloques («castellum» de Manuel Galo, según Maia, 1986; y Castelo da Lousa, según Paço y Bação, 1966).

bre la ordenación del espacio doméstico y la definición de áreas de actividad. Ni siquiera los esquemas propuestos tienen una mínima base representativa, pero al menos sirven para plantear primeras pautas en el difícil tema del «urbanismo» prerromano. Por tanto, la dificultad en el reconocimiento de modelos o pautas de normalización, dentro de la ordenación del hábitat, viene dada en parte por la escasez del área excavada en los núcleos mejor conocidos pero también existen otros factores a tener en cuenta en la explicación de este panorama. Así puede considerarse que una parte de los casos son asentamientos representativos de un poblamiento inicial, propio de los primeros momentos de ocupación del suelo, en zonas poco conocidas, de recursos y futuro imprevisible, que no favorecerían la existencia de un ordenamiento prefijado.

La hipótesis se refuerza por los pequeños períodos de ocupación de estos poblados que no presentan estatus más antiguos, ni más modernos, que los propiamente denominados pre y protorromanos (véanse los casos de El Castañuelo -8.a-, Castillejos 2 -9.a-, Pomar 1 -37.a-, Pedrão -36.a-, etc.). Es en cierto modo, y salvando distancias de espacio y tiempo, un fenómeno comparable con las explicaciones urbanísticas dadas por Ruiz Zapatero, Lorrio y Martín Hernández, sobre el ordenamiento doméstico del Cabezo de Monleón en comparación con la normalizada de Cortes de Navarra (1986, 92 y ss.).

Distinto es el panorama de los *castella* republicanos que, en pleno siglo I a. C., Maia considera con acierto elementos de la primera implantación romana en el Sado-Guadiana inferior. En este caso, la posibilidad de excavar a completo una decena de estas estructuras ha permitido observar que corresponden a dos esquemas claramente reiterativos (Maia, 1986, 204).

6. *Núcleo cuadrangular de estancias rectangulares, organizadas en dos naves laterales que, subdivididas perpendicularmente, comunican con otra central* (fig. 37.5). Se repite en *castella* del tipo de Manuel Galo (23.a) pero, por otra parte, comparte idénticas características con el modelo siguiente: la estructuración del núcleo en una terraza superior que domina otras más amplias y dedicadas a estancias fabriles, de despensa, etc.; la presencia de entradas en alto, accesibles con escalinatas móviles, etc.

7. *Núcleo cuadrangular de estancias rectangulares o cuadradas, organizadas en torno a una cuadrada central que sirve como espacio distribuidor* (fig. 37.6). Se documenta en construcciones del tipo de Amendoeira (2.a) y, las más complejas, del Castelo da Lousa (21.a).

En CONCLUSION, se observa una posible evolución en las plantas y coordinación de las estancias conocidas, de manera que podríamos establecerla en tres grupos iniciales:

FASE I: En la primera etapa, probablemente desde los siglos V y IV a. C. y quizá antes, se localizan poblados con estancias más o menos aisladas y de planta redonda o elipsoidal, tal como pudieran ser las conocidas en el Castillo de Jerez (19.a), en la fase V-corte 1; Alcazaba de Badajoz (4.a), corte 1, estrato XVIII; o, en época an-

terior, en la primera fase de ocupación del poblado de Neves II (33.a).

Estos casos se unen a esquemas mucho más complejos en los que las habitaciones con planta rectangular, y adosadas, forman núcleos más o menos independientes. Modelos como Corvo I (10.a) o El Castañuelo (8.a), parecen apuntar la existencia de pequeños ámbitos abiertos que a modo de «patios» sirven como principal espacio comunicador de entre las estancias, dentro de esquemas que, algunos autores interpretan como reflejos del Período Orientalizante (Pereira Maia y Correa, 1985, 253-255).

FASE II: En un segundo momento, que puede fecharse entre los siglos IV y III a. C., predominan estancias con plantas subrectangulares o trapezoidales, como se conocen en Capote (6.a), con grandes dimensiones que permiten una sencilla compartimentación interior y esquemas protourbanos en los que entran en juego calles, callejones y medianías como ámbitos comunicadores y delimitadores con forma definida previamente.

FASE III: Por último, en los siglos II y I a. C., se documenta la estancia de planta rectangular en todos los yacimientos, con tendencia alargada y estructuración adosada, bien alineadas con la muralla, como en Pedrão (36.a), bien de forma aparentemente caótica, como en el mismo Capote (6.a), o en Los Castillejos 2 (9.a), donde la necesidad de espacio conduce a la compartimentación interior del esquema anterior.

FASE IV: Fechadas a partir de los inicios del siglo I a. C., aparecen núcleos, con planta cuadrangular, de estancias rectangulares dispuestas tripartitamente en naves rectangulares o en torno a una estancia central cuadrada.

Estos *castella*, adscritos a la tradición histórica romano republicana, son vistos como una aparición repentina de variantes normalizadas de modelos sin antecedentes en los esquemas locales del poblamiento, pero con los que comparten técnicas y elementos constructivos.

AREAS DE ACTIVIDADES ESPECIFICAS

Dentro de los intentos de definición de las áreas de actividades, la situación más o menos central de los hogares subrectangulares, en habitaciones ordinarias de El Castañuelo (8.a) y Capote (6.a), cercanos a «bancos corridos» aboga por estancias especialmente dedicadas a la cocina y a la habitabilidad cotidiana. Similar conclusión es la planteada para el poblado de Corvo I (10.a) y, con anterioridad, para el vecino Neves II (36.a), que además presentan estancias con bancos corridos adjuntas pero diferentes a las que contienen los hogares. Por ello son interpretadas como áreas dedicadas al almacenamiento, dado que en algunos casos han aparecido numerosos restos anfóricos.

Pero frente a otros esquemas más complejos, donde las estancias especializadas se van definiendo con mejor claridad (por ejemplo en la fase 2 de Capote), los hábitats más antiguos suelen presentar habitaciones multifuncionales donde dedicaciones como la vida doméstica, el almacenamiento o la estabulación del ganado debían compartir el mismo ámbito.

De esta forma, y siguiendo la clasificación de los esquemas de estancias, especificada con anterioridad, resulta fácil elucidar sobre las diferentes disposiciones funcionales del espacio ocupado.

Atendiendo a un grado creciente de la complejidad espacial, que puede tener una cierta correlación en la evolución cronológica (pero que no implica tal consideración), hemos documentado tres categorías en cuanto al tratamiento funcional del espacio:

CATEGORIA A: Estancias multifuncionales, con ámbitos agrupados (fig. 38.1). Se trata de construcciones unidepartamentales, en las que todas, o casi todas las funciones domésticas se realizan en una misma habitación, aunque a menudo las entradas se prolongan con sencillos antemuros.

Hábitat ordinario, almacén, establo o taller son típicas funciones que comparten un mismo espacio, en el que pueden apuntarse distintos ámbitos específicos para cada función.

Uno de sus mejores ejemplos se documenta en fechas del Bronce Final-Hierro Antiguo del poblado de Neves II (33.a). Plantas ovales o circulares, con sencillos hogares centrales, junto al poste de sujeción central, probablemente responden a sencillas cabañas de ramajes y barro.

Estos habitáculos en ejemplos como los de Badajoz (4.a), Jerez (19.a) o Pomar 1 (37.a, fig. 78), debieron mantenerse como un tipo de hábitat básico y, en cierto sentido, marginal, según se desprende de su documentación en poblados como Monte Furado (68.b), La Pepina (51.b) o Sierra de La Martela (24.a), aprovechando oquedades naturales, que en algún caso pudieron ser viejas y tradicionales cuevas (véase el ejemplo de Lapa do Fumo -20.a-). Pero también en estructuras debidamente organizadas aparece el mismo sistema, tal como se documenta a finales del siglo II a. C. en el poblado de Pedrão (36.a).

CATEGORIA B: Estancias multifuncionales, con ámbitos separados (fig. 38.2). Forman unidades relativamente grandes, en las que pequeños muretes, de madera y ramajes, cantería o tapial, delimitan los ámbitos funcionales.

Se localizan con claridad en la fase 3 de Capote (6.a), Zona Central, presentando estancias cuadrangulares de notables dimensiones y, al menos, un muro intermedio que divide en dos la habitación. En la estancia KE-A/B y en las LE-B/LLE-A y LE-C, los arranques de los muretes separadores se localizaron con claridad, siendo tónica común la aparición de un hogar en cada ámbito anterior. Tanto en el caso de la estancia LE-B como en LE-C, los compartimientos interiores, más protegidos, presentan pavimentos más compactos (figs. 34, 38.2, 39).

En el primer caso, este ámbito (denominado, por una división posterior, LLE-A) muestra una solería de pizarra, mientras en LE-C se localiza un suelo de tierra batida y endurecida con el fuego, cuyas huellas se han conservado con increíble calidad. Es probable que, este dato, junto con la aparición de sendos hogares en los ámbitos exteriores, más amplios, pueda sugerir funcio-

nes dominantes diferentes. Almacén de víveres, necesitados de mejores condiciones para su conservación, al interior, frente a actividades de reposo y culinarias en la dependencia exteriores.

Quizá en esta categoría se incluya la llamada Estructura Central de Los Castillejos 2 (9.a), donde un estrecho muro separa un ámbito con hogar adosado a la pared principal (A3 en m1) de otro con dos «hogares» que son sendos hornos metalúrgicos del tipo 1.

CATEGORIA C: Agrupamiento de estancias con funciones específicas o dominantes (fig. 38.3). En ellas se distinguen con claridad la utilización de estancias, generalmente de menores proporciones, en actividades dominantes como el hábitat ordinario, la molienda, almacenaje, estabulación de ganados o actividades metalúrgicas.

Pese a que cada categoría será analizada con minuciosidad en el siguiente apartado, diremos que este tipo de ocupación se localiza en la mayoría de las fases recientes de los poblados prerromanos, especialmente en los siglos II y I a. C. (Los Castillejos 2 -9.a-, Capote -6.a-, Jerez -23.a-, etc.), pero también se reconoce en poblados anteriores, como El Castañuelo, donde se documentan dos tipos de estancias, anexas pero independientes, las que presentan hogar central y banco corrido, y las que no muestran estructuras interiores.

Igual ocurre con el poblado de Corvo I -10.a-, con dos estancias dedicadas a la molienda, otras tantas al albergue y algunas presumiblemente ligadas a la ganadería (fig. 38.3). Pero la división de estancias por funciones parte ya de pleno Período Orientalizante, pues así se constata en el asentamiento de Neves II -33.a-, donde Pereira Maia diferencia los departamentos con hogar de los de almacén, donde abundan los poyetes adosados y los restos anfóricos.

Habitaciones para la molienda se reconocen en La Martela -24.a- (Eje 3 LM) y en Capote -6.a- (LE-B, HE-D), entre otros; para el trabajo del hierro, en Los Castillejos -8.a- (NO E3 y A-B4), Belén -5.a- (C1), Jerez -19.a- (C1) o el mismo Capote -6.a- (KE-B), con sendos hornos de reducción; para el almacenaje, tanto de aperos como de víveres es espléndido el hallazgo de la estancia HE-C de Capote, de la que tenemos avanzado el estudio monotemático.

Posiblemente los rehundimientos en roca del Sondeo 2 de La Martela -24.a- respondan a otras áreas de actividad de difícil comprensión, quizás relacionadas con actuaciones para la conservación, manipulación o la elaboración de alimentos.

CATEGORIA D: Núcleos de estancias con funciones específicas o dominantes (fig. 38.4). Esta categoría se documenta sólo en escasos vectores funcionales, como son los más directamente relacionados con la «supraestructura social»: la jerarquía, el ejército y la religión.

Así, aunque no es fácil la identificación de estructuras relacionadas con la jerarquía dominante, la Dra. Gamito ha identificado lo que denomina gran edificio del Sector B de Segovia (39.a), como vivienda de un régulo o jefe del poblado, compuesto por al menos cinco estancias de planta rectangular que le confiere una planimetría armónica.

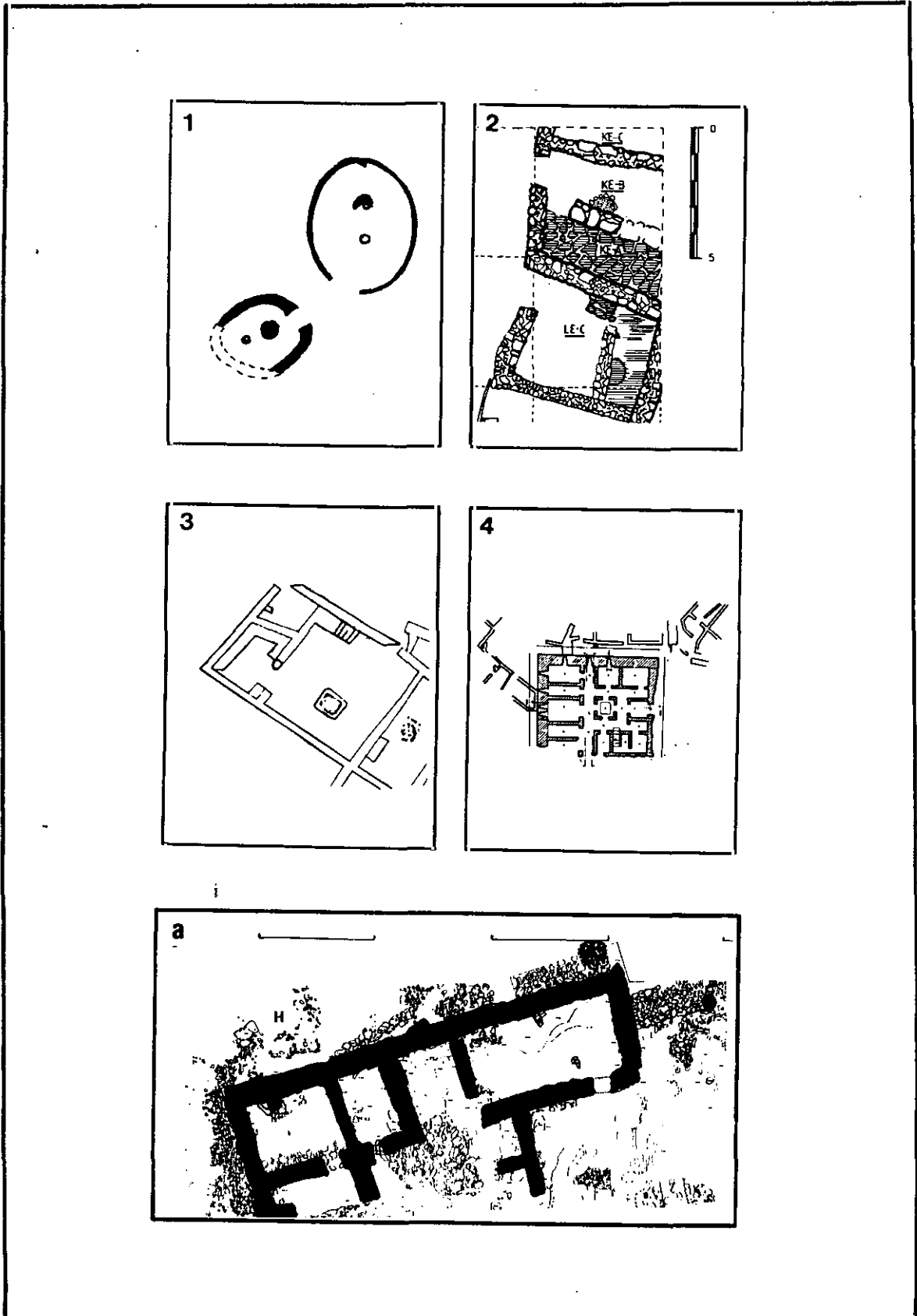


Fig. 38.—CATEGORIAS de las ESTANCIAS: 1 y 3: Neves II (según Maia y Maia, 1987); 2: Capote; 4: Lousa (según Paço y Baçuo, 1966); a: CONSTRUCCIONES PALACIALES y DE PRESTIGIO: Edificio del Sector Central de Segovia (según Gamito, 1988).

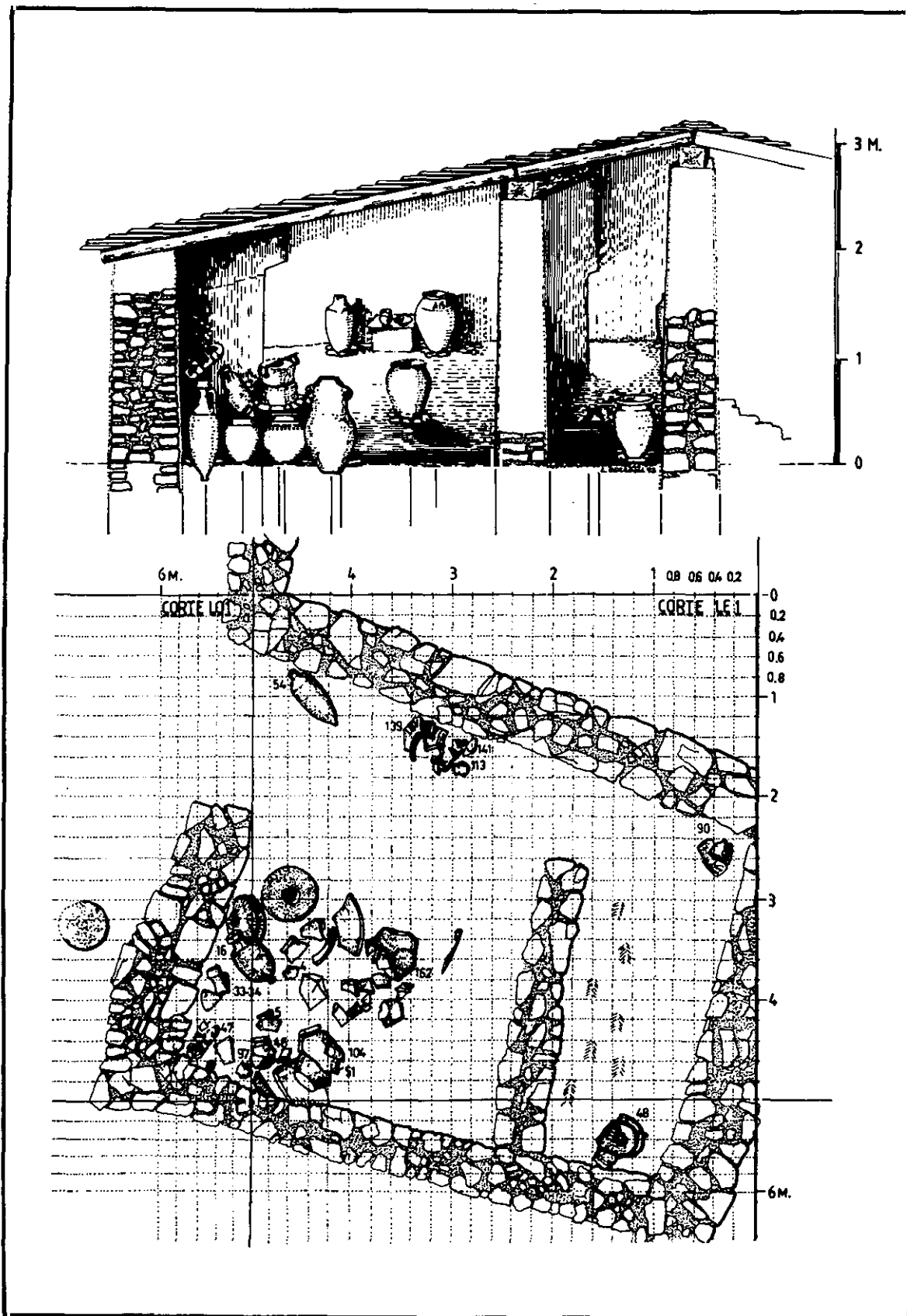


Fig. 39.—Casa LE-C de Capote, nivel 2. Reconstrucción.

Más claras son las estructuras relacionadas con la defensa, que fuera de murallas, fosos y elementos naturales, presentan en algunos casos la configuración de verdaderos castillos, con entidad propia en la planimetría general de los poblados. Así ocurre en la Fortaleza de entrada de Capote (6.a), que recuerda en mucho a otras construcciones así denominadas, como el «Cuerpo de Guardia» de la Mesa de Miranda.

Por último, santuarios, estructuras culturales y posibles edificios «de prestigio» son puntualmente reconocidos. La presencia de un templo de estilo helenístico en Miróbriga, o de los indicios claros de santuarios de cierta entidad, como los de Garvão (16.a) o São Miguel de Mota (111.c), se han visto sensiblemente enriquecidos por la excavación y estudio del Altar de Capote (6.a), su estancia y ofrendas, que, si bien respondieron a actuaciones de fuerte componente social, no están exentos de un importante sentido religioso y pudieran incluirse en un gran edificio de tipo «palacial» similar al de Cancho Roano.

Pero la existencia de verdaderos complejos fabriles, compuestos por más de una estancia y con naturaleza urbanística independiente, es algo desconocido hasta las primeras implantaciones romanas en la Región, esto es, hasta la aparición de los *castella* del siglo I a. C. (por ejemplo, Lousa).

CATEGORIAS DE LAS CONSTRUCCIONES: APROXIMACION A SUS FUNCIONES DOMINANTES

CONSTRUCCIONES DOMESTICAS

La consideración de construcciones domésticas que generalmente tienen la gran mayoría de las edificaciones permite achacar gran parte del estudio anterior a las utilidades del hábitat común y ordinario.

La presencia de módulos de estructuras, pese a ser los más numerosos y presentar depósitos arqueológicos que se caracterizan por su uso común, plantea no pocas dificultades de identificación, no sólo por la misma vaguedad de su naturaleza (mucho más ambigua y multifuncional que las construcciones con funciones dominantes concretas), sino también por ser las estancias de uso doméstico las más proclives a reflejar las adaptaciones al entorno, los condicionantes socio-económicos, culturales, etc.

No obstante, los intentos de sistematizar la organización interna de las estancias y, especialmente, las categorías expresadas en lo que se refiere a las áreas de actividad o dedicación de dichas estructuras sirven, en los dos primeros casos para observar los distintos tipos de viviendas que hemos podido definir: *casas monodepartamentales*, de planta circular y rectangular, con o sin ámbitos funcionales diferenciados al interior y *casas pluri-departamentales*, generalmente compuestas por dos o tres estancias, dedicadas al hábitat, almacenaje, estabulación ganadera o algunas actividades fabriles, pero también en momentos de implantación romana, con los co-

nocidos *castella*, formados por núcleos funcionales de estancias.

ESTRUCTURAS Y CONSTRUCCIONES DEFENSIVAS

Las construcciones de este carácter se han abordado por niveles. Las combinaciones, en diferentes proporciones, de estos niveles forman los sistemas defensivos de cada castro o poblado, que serán tratados, junto con el tratamiento de modelos, en el apartado «Sistemas y modelos de defensas». Para el desarrollo de estos aspectos se han seguido las directrices marcadas por González Tablas, Arias y Benito, en su trabajo sobre los sistemas defensivos de los castros abulenses (1986, 113 y ss.).

Niveles defensivos

1. *Primario*, constituido por la orografía y la configuración del emplazamiento defensivo en sí.
2. *Complementario*, que integra a la muralla y todas sus características y componentes: aparejos, técnicas edilicias, trazados, puertas, bastiones y torres, caminos de ronda, etc.
3. *De refuerzo*, con elementos accesorios que nunca llegan a tener entidad por sí mismos: fosos, campos de «piedras hincadas», etc. Son estructuras que se han documentado sólo en casos singulares, sin duda por la dificultad añadida que tienen en su localización y por el grado de complejidad que conllevan.

1. Nivel Primario: Orografía y configuración del emplazamiento. La orografía sobre la que se asientan las construcciones de defensa, y con la que se combinan, muestra diversas variantes graduadas en virtud de la compaginación entre el dominio visual, por una parte, y la dificultad y la amplitud del ángulo de acceso al poblado, por otra. Estas diferencias han de verse como indicios relativos de la necesidad de defensa que se tiene a la hora de elegir el emplazamiento.

La relatividad entra en consonancia con el valor de otros recursos críticos que llevan a elegir una ubicación concreta y las posibilidades de defensa que ofrece el terreno. Por ello la importancia del factor defensivo no puede calibrarse más que en conjunción con los restantes niveles, en la configuración de un sistema que identifica específicamente a cada asentamiento.

En general pueden distinguirse las siguientes variantes en virtud de la utilidad defensiva y del grado de accesibilidad:

A) Emplazamientos fácilmente accesibles: aquellos con una inclinación o pendiente dominante, en sus laderas, inferior al 3 por 100. Son muy escasos, aunque esta carencia no tiene por qué ser reflejo de una inexistencia, sino de una mayor dificultad de localización, dado que se trata de entornos menos específicos y en los que, a menudo, faltan indicios superficiales de murallas y demás grandes construcciones.

Consideramos en posición muy cercana ciertos pequeños asentamientos como Pomar 1 (37.a), Atafona (1.a), Aguiar (47.b) o Fonte Santa (14.a), situados sobre suaves colinas y sin aparentes obras defensivas en piedra. Otros, en ocupaciones exclusivas, muestran emplazamientos de absoluta apertura, como Salacia-Setúbal (38.a) u Odemira -102.c- (sin que ello implique la falta de defensas artificiales, que suelen ser muy complejas).

También algunos de los *castella* romano-republicanos presentan similares entornos, pese a los arroyos y ríos que bordean el asentamiento, eliminando y controlando los accesos.

B) Emplazamientos con accesos generales de grado medio: son aquellos que ocupan la cima de una muela o colina de pendientes suaves, que no superan el 33 por 100. Son accesibles a caballería montada y a carruajes con carga ligera.

Ejemplos de esta categoría son los asentamientos anteriormente citados, sin defensas construidas, y otros que por el contrario muestran importantes obras de defensa artificial: Belén (5.a), Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos (9.a), Corvo I (10.a), el Castillejo de Oliva (54.b), el Castrejón de Bodonal (53.b), Miróbriga (27.a), Peña de San Sixto (76.b), Casa Branca (89.c) y la mayoría de los posibles asentamientos prerromanos conocidos por su ocupación romana: Ébora (118.d), Botoa (115.d), Quintos (129.d), Los Cercos (133.d), etc.

C) Emplazamientos con un acceso de grado medio (33 por 100) por uno de sus cuadrantes geográficos mientras los tres restantes son de difícil acceso (>65 por 100, con dificultad, a individuos a pie) o inaccesibles (>70 por 100 de pendiente, accesible a individuos ayudándose de las manos y en los casos cercanos al 100 por 100, con equipos artificiales). Se trata del emplazamiento más frecuente, localizándose en la gran mayoría de los poblados, tanto en la cuenca del Sado (por ejemplo, Loisal -122.d-, Serra -42.a-), como en la del Tajo (Veirós -46.a-), del Guadiana (Badajoz -4.a-, Machede -98.c-, Roxo -72.b-, Serpa -41.a-, Azougada -3.a-, Garvão -16.a-, Mesas do Castelinho -26.a-, Degebe -61.b-, Cuncres -60.b-, Cuncos -59.b-, etc.), o dentro de ésta, del Ardila (Cerro de Aroche -55.b-, Guruviejo -64.b-, Cantamento de la Pepina -51.b-, el Cañuelo -52.b-, El Castro -91.c-, Capote -6.a- o La Gama -96.c-).

D) Emplazamientos con acceso difícil en todo su perímetro. Situados como enclaves centrales o como atalayas dominadoras de pasos estratégicos, encontramos numerosos asentamientos que, según respondan a uno u otro tipo, parecen tener una clara relación con el tamaño del poblado.

Entre los de mayor entidad citamos el castro de Segovia (39.a), Vaimonte (44.a), Saô Miguel da Mota (111.c), Ratinhos (104.c), Nertóbriga (31.a), Mértola (29.a), Beja (49.b) entre los que responden a posiciones de «atalayas» la homónima Pedra de Atalaia (35.a), Pedrão (36.a), Chibanes (13.a), Azenha (48.b), Mangancha (22.a), Giraldo (63.b), el Cañuelo (52.b), Cabeza Gorda (50.b), Castillo de Bienvenida (56.b), Pico de

Aroche (57.b), San Pedro (75.b), San Sixto (76.b), el Castrejón (58.b), La Martela (24.a), Safarejo (73.b), etc.

Este panorama general refleja una preferencia mayoritaria de lugares de difícil acceso, que permitan una defensa fácil y eficaz por sí mismos, aunque dejen, en lo posible, un camino de comunicación, localizado en uno de sus lados. Lugares con una ligera defensa natural, como Los Castillejos 2 (9.a), o en llano, como Pomar 1 (37.a), están representados en número notablemente menor, aunque la naturaleza de estos emplazamientos dificulta su localización.

Pero, con todo, estas afirmaciones generales tendrán fiel reflejo en los sistemas defensivos, y en los modelos de defensa configurados.

2. Nivel Complementario, que integra a la muralla y todas sus características y componentes: aparejos, técnicas edilíceas, trazados, puertas, bastiones y torres, caminos de ronda, etc. El Nivel Complementario está compuesto en la mayoría de los casos por la muralla. Como hemos indicado se conocen pocos poblados que parecen no haber estado amurallados, pero la realidad es que, incluso en éstos, no se puede afirmar que no hubiese empalizadas de madera, muros de adobes u otras estructuras de las que quede escaso registro. Por otra parte las excavaciones de asentamientos como Pomar 1 (37.a), Atafona (1.a) o Pedra de Atalaia (35.a) han consistido en meros sondeos que impiden conocer si en realidad estuvieron totalmente abiertos.

Puede que no existiesen «sin murallas», pero sí se conocen casos en los que grandes paredes rocosas, caídas a pico, de afloramientos naturales sustituyen parcialmente al lienzo murado. Ejemplos como el castro de Pedrão (36.a), Chibanes (13.a), La Martela (24.a), el Castrejón de Bodonal (53.b), o la Peña de San Sixto (76.b), auténticas fortalezas naturales, harían innecesarias construcciones adicionales.

Con todo es indudable que las defensas amuralladas, parciales o totales, se encuentran presentes en una gran mayoría de los asentamientos prerromanos del Suroeste. Sus ejemplos mejor conocidos nos muestran diversos grados de desarrollo, desde los lienzos sencillos y discontinuos a las diversas líneas de muralla, torres y bastiones, caminos de ronda o barbacanas.

Igual ocurre con los aparejos que suelen ser de medianas lajas de cuarcita o pizarra, trabadas a seco y con cuñas, aunque no faltan los muros de aspecto más ciclópeo, determinado por los grandes bloques irregulares de granito que forman su fábrica. La presencia de empalizadas y refuerzos de madera en estos muros de piedra pudiera constatarse en los efectos «vitrificadores» que la violenta combustión de estos elementos pudo dejar en las piedras, como está bien constatado en los «hillforts» británicos. Esa es la opinión de Burgess y Correia para las estructuras amuralladas del Castelo Velho do Degebe -61.b- (Correia, 1991, e.p.).

Dentro de un primer ensayo clasificatorio, las murallas y sus elementos pueden encuadrarse en los siguientes sistemas:

A) Sistemas de amurallamiento alternativo: Los esquemas más sencillos presentan pequeños tramos amu-

rallados con los que se cubren los espacios más accesibles del poblado, aprovechando la presencia de accidentes orográficos (roquedales, pendientes muy pronunciadas, cursos de río o arroyos, barrancos) que impiden o dificultan en grado extremo el acceso por estos sectores.

El mejor ejemplo se localiza en el poblado de Pedraño (36.a). Muestra un sencillo lienzo murado de piedra sobre los flancos Norte y Oeste, con un grosor aproximado de 1,2 metros y una longitud reconocida a lo largo de una treintena de metros, y sobre él se apoyaban las sencillas estancias rectangulares, que se han considerado como casas. Es por ello que se presenta como un amurallamiento elemental, donde las mismas estancias se benefician y refuerzan el muro exterior.

Un caso de mayor complejidad parece presentarse en el castro de La Martela (24.a), en plena cuenca extremeña del Ardila. Localizado en un emplazamiento tan inaccesible como el anterior, alterna un sencillo muro de lajas de cuarcita y pizarra con ciclópeos afloramientos cuarcíticos. La verticalidad de sus paredes y la altura que alcanzan sobre la misma superficie del poblado cierran el perímetro habitado en su totalidad, pero no hemos encontrado indicios sobre un uso más complejo. De la cerca murada sólo se conservan tímidos vestigios y una estructura tumular, que posiblemente corresponde a una torre, en el oeste del poblado. Más complejos, pero con el mismo sistema, se localizan otros pequeños asentamientos, no muy lejos del anterior. Tanto el Castrejón de Bodonal (53.b) como la Peña de San Sixto (76.b), en la misma cuenca meridional del Ardila se presentan como excepcionales ejemplos del aprovechamiento de las condiciones defensivas naturales, a las que añaden torres, bastiones y caminos, a menudo excavados o contruidos sobre la misma roca.

El Castrejón de Bodonal es un pequeño castro emplazado sobre una colina de suaves laderas en cuya parte central se alzan unos elevados escarpes rocosos desde los que se obtiene un amplio dominio del entorno. Alrededor de éstos, en forma que intuimos concéntrica, hemos localizado al menos tres recintos murados de diferentes características.

El primero, a media ladera, se muestra como un simple talud, de unos dos metros de anchura, que por sus restos superficiales se descubre como una sencilla cerca posiblemente de época romana. El dominio sobre el terreno exterior es escaso, como lo sería su eficacia defensiva. Alberga un área de suave ascenso, por la que se accede a los aldeaños del macizo rocoso central. Este, que no abarca un espacio superior a 1 hectárea está bordeado por otro recinto, del que quedan restos visibles hasta en tres hiladas de alto, en su tramo occidental, de grandes bloques, de aspecto ciclópeo, irregulares y algo desbastados al exterior. Están unidos a seco y con cuñas. De igual disposición aunque con un aparejo de menor tamaño está construido el tercer recinto, que cierra las entradas de los primeros escarpes por el exterior. Este hecho y la altura de varios metros que alcanzan las paredes rocosas ha permitido la conservación de los muros en algo más de un metro en lugares del flanco meridional, protegidos de las inclemencias. Es evidente que las mismas paredes rocosas se utilizaron, a veces más que los propios lienzos artificiales, para la ejecución de este tercer recinto y mediante rampas se accede a dos de los

promontorios, cuyas cimas, allanadas mediante talla, sirven de espléndidas torres vigías. Restos de adobe con impronta de un poste, hallados sobre una de estas plataformas y las tres calzadas que pasan bajo el dominio visual justifican esta aseveración.

Semejante panorama ofrece la Peña de San Sixto (76.b), donde la mole rocosa es una auténtica torre de algunos centenares de metros cuadrados en extensión. Ofrece de nuevo el mismo talud exterior con numerosos restos romanos y ancho lienzo murado que pueda suplir la poca pendiente de la colina. Pero tras él se alzan las altas paredes rocosas de la Peña, que en el flanco Norte se pueden ascender por unos distanciados peldaños talladas en la misma roca.

El arranque inferior de este escalonado acceso está protegido por un bastión de planta semicircular y aparejo de cuarcitas trabadas a seco, cuyo trazado se adivina con facilidad cuando se observa desde el primer rellano superior. Plataformas se suceden hasta aprovechar las estratificaciones superiores desde las que se alcanza un excepcional dominio visual.

Un último ejemplo significativo lo supone el castro de Chibanes (13.a), en la península de Setúbal. Con planta semicircular, por el sur presenta una escarpada y rocosa caída sobre el valle del Barrés, con una especie de foso que cierra un sistema de defensa natural usado para los flancos sur y este. Por el norte, que es su lado más abierto, se vislumbran los taludes sucesivos de dos, o más, lienzos murados que servirían para paliar una orografía menos favorable. Se trata de lienzos de muralla realizados con lajas de caliza, trabadas a seco o con barro (Costa, 1910, 55).

B) Sistemas de amurallamiento mixto: En ellos se combina un recinto murado con la presencia de accidentes físicos: afloramientos rocosos, cursos fluviales, pendientes, etc.

En este caso la combinación entre las defensas naturales y las contruidas no alcanza el grado de compenetración de los sistemas anteriores, estando las segundas condicionadas por las primeras, que no obstante actúan como complementos.

El Cantamento de la Pepina 1 (51.b) muestra un ejemplo de combinación sencilla. Ocupando una serie gemela de doble asentamiento en espolón, el oriental, menos extenso y escasamente más alto, posee un extremo destacado en «acrópolis», con una estructura que se adivina como torre o bastión de planta rectangular.

Los lienzos y aparejos documentados son de dos tipos: el inferior y discontinuo, de tipo ciclópeo-natural, por la escarpada vertiente oriental y en forma de auténtica pared rocosa natural que parece haber sido tallada hasta conferirle un aspecto de inmensos sillares de granito (que alcanzan los dos metros de altura) y el superior, encintado de irregulares sillares medianos, que se conservan en algunos tramos hasta un metro de altura. El grosor medio oscila entre 1,5 y 2 metros.

Los sillares no forman auténticas hiladas y están unidos a seco entre sí, con pequeñas cuñas. En la ladera oriental los arranques del muro, desde la roca natural, bordean por lo alto a la sucesión de grandes bloques naturales, como prueba de la compenetración y refuerzo entre ambos sistemas.

Otro ejemplo se localiza en El Cañuelo (52.b), poblado de la cuenca septentrional del Ardila. Ocupa un escarpado y alargado promontorio, con dos recintos murados, situados a diferente altura, en forma de «acrópolis». Desconocemos si la relación entre ambos recintos es concéntrica, ladeada o yuxtapuesta, aunque por la orografía del lugar cabe pensar en dos recintos unidos por un extremo. Las construcciones documentadas a simple vista muestran tres variantes: el uso de grandes paredes rocosas casi verticales que bordean los límites orientales de ambos recintos; un aparejo ciclópeo, a veces de aspecto natural, que junto con grandes sillares irregulares conforman el muro de separación en el recinto superior (acrópolis) y sillares irregulares de tamaño medio para los lienzos del recinto en ladera, en su extremo septentrional. Las murallas, en los tramos que son perceptibles, siguen las vertientes naturales.

Semejante situación, aunque con un menor grado de información, plantea el castro de Mangancha (22.a), ocupando un alargado y empinado cerro sobre los ricos depósitos de hierro y cobre de Aljustrel. En él se puede observar una línea continua de muralla que puede estar rodeada, a su vez, por otra inferior cuyo talud se observa con claridad en su flanco nordoriental. Además de las mismas laderas en fuerte pendiente, unos afloramientos rocosos, al sureste del castro, pudieron englobarse en el sistema defensivo, bien por su acción de barrera como por aumentar en el dominio visual.

C) Sistemas de amurallamiento artificial: Remiten a cierres murados que no tienen mayor compaginación con el terreno que el pequeño dominio visual que la ligera elevación del emplazamiento confiere. Suelen aparecer en asentamientos en los que, o las obras defensivas no tienen un desarrollo especial, o se configuran como eficaces sistemas de muros, parapetos y fosos.

Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos (9.a) se localiza sobre una alomada y suave colina, de la que la fotografía aérea permitió ver un recinto murado de planta casi pentagonal. En su ángulo noroeste se realizó un corte longitudinal denominado «Muralla», que informó sobre su estructura constructiva.

Se compone de dos muros, uno interior y otro exterior en talud, de menos de 1 metro de grosor, trazado en paralelo y con una separación máxima de 6,25 metros. Ambos se encuentran unidos por un tercer muro, perpendicular, en el que se localizó una posible poterna interior, de poco más de 1 metro de luz.

Ambas estructuras están realizadas con un aparejo de lajas de pizarras, más o menos planas, unidas con barro y formando, en ocasiones, hiladas. A una cierta altura se observa una reconstrucción del muro con grandes bloques de cuarcita desbastados por su cara externa. El lienzo exterior, en talud, no arrancaba desde la roca madre sino desde un lecho de cascajos que sirve para nivelación y drenaje. El espacio interior pudo ser un simple relleno o quizá una vivienda.

En la campaña del 1986 se abrió un corte en el sector norte de la misma zona para documentar lo que parecía un bastión rectangular, realizado con grandes bolos de diabasa y bloques de cuarcita que contenían un relleno interior también a seco. Estructuras como ésta parecen

intuirse en otros puntos del trazado murado. La excavación mostró un muro de 2,5 metros de anchura máxima y hasta 3 metros de altura conservada que sobresalía, con forma de espigón, del ángulo noroeste. La estructura arranca directamente de la roca madre.

Pese a los aún escasos conocimientos sobre esta muralla, son suficientes como para observar la complejidad técnica con que está construida. Es muy posible que estuviera dotada de un camino de ronda y que, entre el doble lienzo, se habilitara el terreno para almacenes o recintos para ganado. Así hemos podido observar agujeros a una altura de más de dos metros que responden a los apoyos de los travesaños de las techumbres de casas que se adosan a la misma muralla.

El castro de la Ermita de Belén (5.a) supone un grado más de complejidad en los sistemas artificiales: la fotografía aérea permite apreciar varias líneas de muralla, que no obstante pudieran ser construcciones posteriores a la época en estudio. Los conocimientos sobre el lienzo murado de la Segunda Edad del Hierro proceden, no obstante, de la apertura del Sondeo n. 2, durante la excavación de urgencia realizada en 1987. La muralla se localizó sobre un pequeño escarpe natural nordoccidental. El grosor de la pared alcanza los tres metros de anchura máxima, construido a base de dos hiladas exteriores de grandes piedras desbastadas por una cara y un relleno de piedrecillas y tierra. Sólo conservaba dos hiladas en altura como máximo. Es importante la documentación de muros de estancias que parten de la cara interna de la muralla y la probable inexistencia de paso de ronda.

En territorio portugués la información es menos precisa, aunque contamos con algunos ejemplos significativos.

Miróbriga (27.a) es un núcleo protohistórico poco conocido, en razón de la importancia de su ocupación romana. No obstante, la magnitud de las excavaciones realizadas permite documentar un asentamiento sobre cerro, liso y sin posición especialmente sobresaliente, aunque dominando vías de comunicación y tierras agropecuarias de notable importancia. Es por ello que las murallas debieron ser construidas en su práctica totalidad, sin que sepamos si aprovechó algún escarpe calizo del lugar, como se reconoce en su flanco nordoccidental.

En las campañas de 1981 y 1982 se localizaron dos muros curvos, más o menos paralelos, que se han considerado como parte de un doble recinto amurallado que protegía el castro. Estas murallas, que ya habían sido documentadas por Almeida al norte del Foro y del templo romano, fueron construidas a seco con lajas de pizarra y, ocasionalmente, de caliza local.

En su extremo meridional el lienzo interior presenta una ruptura de 1,8 metros, probable puerta que tuerce hacia el Oeste y permite la entrada desde el primer recinto al interior, que pudiera haber sido una acrópolis primitiva. La muralla interior continúa una treintena de metros hacia el norte, tramo en el que se registran los arranques de tres muros transversales que corren pendiente abajo. Tras ellos tuerce hacia el Oeste y desaparece unos metros más allá.

Otro recinto con escaso apoyo del terreno es el importante poblado de Outeiro do Circo, en el que pese a su extensión y dominio sobre el entorno, no se registran pronunciadas pendientes (aunque las que hay son de

cierta longitud) ni afloramientos o barrancos, aunque son importantes los taludes de su doble línea de murallas, de las que la interior cierra, por el Este, la zona más alta del poblado.

Por último constatamos las potentes murallas de Mesas do Castelinho (26.a), de pequeño aparejo en seco, anchura cercana a los tres metros y arranques de muros interiores, tal como se ve en alguna de las desgraciadas brechas por las que han sido afectadas (lám. 29.2). El castro estuvo defendido, probablemente, por un doble recinto que se ve reforzado por un acusado meandro fluvial y lo que parecen restos de un foso.

3. Nivel de Refuerzo, con elementos accesorios que nunca llegan a tener entidad por sí mismos: fosos, campos de «piedras hincadas», etc. Son estructuras que se han documentado sólo en casos puntuales, sin duda por la dificultad añadida que tienen en su localización y por el grado de complejidad que conllevan.

La conjugación de los dos grados anteriores junto a nuevos elementos accesorios es un hecho que no está documentado más que en casos puntuales, quizá por el alto grado técnico y la necesidad defensiva que el asentamiento exige, quizá por la ignorancia o la dificultad de localización que estos elementos conlleva.

Fosos y líneas de piedras hincadas suelen ser los mejor conocidos por la investigación arqueológica tradicional e igual panorama ocurre en estas regiones.

El castrejón de Capote (6.a) es uno de los poblados que más datos sobre la defensa está aportando. Esto es así, no sólo por los esfuerzos encaminados a ello, sino por la entidad de las estructuras mismas, ciertamente importantes (fig. 47 y lám. 28). Dejando a un lado la Zona B, más alta y extensa, que parece haber estado amurallada o al menos cercada, la zona A o castrejón presenta una cerca murada que sigue, en casi todo el trazado, la vertiente de los barrancos que la rodean.

A su vez este recinto general parece estar dividido en dos por un ancho muro recto, que atraviesa el alargado farallón fluvial, aproximadamente por su mitad. El recinto occidental es ligeramente más amplio que el oriental, a causa de la mayor anchura de aquél.

El único tramo accesible del farallón es el extremo oriental, donde se localizan grandes concentraciones de piedras sueltas que forman dos o tres tumulaciones y que se han presentado, tras las prospecciones y labores de la campaña realizadas en 1988, 1990 y 1991, como importantes estructuras a modo de torres o bastiones, agrupadas a modo de una fortaleza.

En uno de los extremos, en el ángulo suroriental, hemos localizado un bastión de planta rectangular, en esquina y la buena conservación de la muralla, protegida por los numerosos derrubios del bastión, ha permitido su estudio en una altura de al menos dos metros por el momento, corte XO 11.

Se trata de un muro de metro y medio de anchura realizado con lajas de pizarra, de tamaño mediano, planas y muy bien trabadas entre sí, a seco. La disposición de este aparejo de fuerte estructura es idéntica a la de gran parte de las murallas del Sado-Guadiana (Belén -5.a-, Los Castillejos 2 -9.a-, Nertóbriga -31.a-, San Sixto -76.b-, Mesas de Castelinho -26.a-, Cuncres -60.b-,

Degebe -61.b-, etc.). Sirve de paramento exterior de un ancho talud, formado por piedras acumuladas, que podría delimitarse, varios metros al interior, por medio de otro paramento similar.

La fotografía aérea (lám. 28.1) muestra un talud bordeando todo el espigón, que pudiera tener varias líneas en su extremo occidental, donde la caída hacia la unión de los dos ríos es más suave (entre un 45 y un 60 por 100). En los flancos es posible seguir, a veces, los arranques del muro, bajo el cual el relieve cae en picado sobre los dos ríos. Situadas en las esquinas, o en la zona central donde confluye el supuesto muro transversal, se han localizado torres o bastiones de planta cuadrada, rectangular o trapezoidal (por ejemplo, en la esquina occidental, dando cara a la confluencia de los dos ríos).

Pero el rasgo de mayor interés está en la citada Fortaleza de entrada. Quizás para paliar el fácil acceso desde el Este, pero sin duda por ostentación y prestigio, dado que por allí pasa el viejo camino entre las actuales Higuera la Real y Cumbres Mayores que ya entonces debía usarse, se agruparon torres y bastiones, de planta rectangular, hasta conformar este conjunto de edificios que en algunos casos conserva unos nueve metros de altura (fig. 47; lám. 28.2).

La probable gran puerta, flanqueada por los bastiones de esta fortaleza, se sitúa en el centro de este extremo oriental, dividiendo el tramo en una mitad norte, más alta y plana, en la que se excavó un foso y otra sur, con estructuras más deterioradas (de dos a tres metros de altura, como se observó en el corte XO11') y un relieve pronunciado hacia el Sillo.

Las dos últimas campañas (1990 y 1991) han incidido en esta Puerta Central, que parece confirmarse como una estructura de callejón en «embudo», y en el monumental bastión meridional que la flanquea, cuya consolidación se ha iniciado. Unido a éste y proyectando el callejón hacia el exterior, se localizó un muro macizo, de tres metros de anchura, culminado en cuatro plataformas escalonadas que sirven para unir un antemuro, o barbacana, con el bastión. Se trata este último de un pequeño lienzo de piedra, con un metro de grosor, que parte de la plataforma inferior en sentido paralelo a la Fortaleza —un tratamiento de infrarrojos ha demostrado su continuidad a lo largo de toda esta construcción— (fig. 47; lám. 28.2).

Entre ambos, y a nivel de la Fase 2 (fines del siglo II a. C.), se documentó una solería de guijarros a modo de paso de ronda exterior y una vasija de almacén, encajada en ésta.

Respecto al foso, se trata de una excavación artificial que pretende seguir la función de barrera natural del profundo barranco del arroyo del Alamo, aunque con mucho menor entidad. Se localiza entre el inicio de la pendiente del cauce y la citada Puerta Central, en una longitud de poco menos de cincuenta metros.

Los sondeos que realizamos en 1988 no llegaron a alcanzar el punto central del foso, pero fueron suficientes para confirmarlo y suponer, con gran seguridad, que tiene unos veinte metros de anchura y cuatro de profundidad, aproximadamente (se constataron los 3,5 metros cerca del centro del foso). También, en el sondeo sobre el borde interior, fue posible documentar la presencia

de tres piedras de forma fusiforme e hincadas que pudieran haber formado parte de una pequeña barrera de tales piedras, situada como se ha indicado, junto al borde interior del foso, es decir, entre éste y la Fortaleza (el sondeo era de 2 m. de anchura).

La presencia de yacimientos con nivel similar es, como se ha indicado, esporádica aunque, con el desarrollo de las excavaciones, cada vez mejor conocida. Esto pudieran ser los casos de Mesa dos Castelinhos y Castelo Velho do Roxô, donde pudimos suponer la existencia de un foso semejante al de Capote. Estos, como en numerosos poblados con emplazamientos «fluviales», sólo complementan a los barrancos de los cauces del Mira y del Roxô, que recorren buena parte de ambos perímetros amurallados.

Respecto a las piedras hincadas, sólo el poblado de Passo Alto (101.c) posee una presencia clara, dispuesta en forma de anillo de 30 metros de anchura, antecediendo a la muralla. Excavadas por Monge Soares (1986), fueron puestas en relación con un probable nivel del Bronce Final definido en el interior de su perímetro murado. No obstante, es preciso un estudio más detenido y amplio que confirme esta adscripción así como la categoría prerromana que ciertos autores, como Gamito (1988) o Correia (e.p.), mantienen.

Otra noticia es su existencia en algún yacimiento cercano, ya dentro del territorio onubense. Este es el caso de castro del Pico del Castillo (57.b), en tierras de Aroche, donde Pérez Macías localiza numerosas piedras hincadas al exterior del recinto amurallado, junto a glandes y restos de «catapultas» (1987, 91).

ESTRUCTURAS DE PRODUCCION

Dentro de este apartado incluimos todas las estructuras relacionadas con las actividades de tratamiento de metales y alimentos descritas con anterioridad.

Sin embargo es claro que la gran mayoría de estos materiales y estructuras no definen estancias exclusivamente dedicadas a actividades productivas de un tipo específico sino que están englobadas, de manera general, dentro de las áreas de actividad de los hábitats. Es por ello que se han desarrollado en ese apartado. Cabe, sin embargo, destacar una pequeña serie de informaciones sobre estancias, aisladas o en núcleos, dedicadas a funciones de carácter fabril y económico. En razón de la naturaleza de las funciones dominantes, obtenemos:

1. Construcciones relacionadas con la metalurgia.
2. Construcciones relacionada con la molienda vegetal.
3. Construcciones relacionadas con el almacenamiento.
4. Construcciones relacionadas con la obtención y el uso de la sal.

1. *Construcciones relacionadas con actividades metalúrgicas*, especialmente de hierro, pero también de cobre, plata y oro (el Castañuelo -8.a-): están representadas por los tipos de hornos reseñados, localizados en los

poblados de Belén (5.a), Capote (6.a), Castillejos 2 (9.a) o Jerez de los Caballeros (19.a).

En ninguno de ellos parece que tales estructuras se localicen dentro de edificios específicos, dedicadas a tales funciones, aunque sí poseen ámbitos independientes dentro de las construcciones domésticas o de apariencia común (véase, por ejemplo, Los Castillejos 2, A B4).

2. *Construcciones relacionadas con la molienda de cereales y frutos en general* (bellotas, castañas, aceitunas, etc.). Están documentadas numerosas piedras de molino cilíndricas y barquiformes en La Martela (24.a), Los Castillejos (9.a), El Cantamento de la Pepina (51.b), El Castañuelo (8.a), Capote (6.a), Degebe (61.b), Pedrão (36.a), Chibanes (13.a), etc. Tampoco parecen haberse localizado estancias específicas para estos menesteres, al contrario de lo que ocurre en edificaciones de fábrica romana republicana como el Castelo da Lousa (21.a), donde la presencia de varios ejemplares en las mismas estancias ha hecho suponer que fuesen construcciones específicas para estas actividades.

3. *Construcciones relacionadas con el almacenaje de líquidos y alimentos en general*, así como de otros bienes si tienen una clara costatación en los poblados prerromanos. Así se desprende de la densa acumulación de vasijas de almacén y ánforas, y se localizan en Capote (HE-C), Chibanes (13.a), Mértola (29.a), Odemira (102.c), Castillejos 2 (9.a), etc.

La estancia HE-C de Capote (6.a) es el mejor ejemplo de otras muchas que, rectangulares y alargadas, suelen aparecer en el nivel de ocupación 2 del castro (s.II a. C.). Adjunta a una habitación con funciones distintas (suele localizarse en ella algún molino, hogar, etc.) y vacía de estructuras interiores y de vanos, con excepción de una pequeña puerta, estaba repleta de materiales muebles, de los que destacan las grandes vasijas indígenas aunque no faltan ánforas romanas o ibero-púnicas.

La estancia HE-C es el mejor ejemplo por el excepcional estado de conservación de sus materiales. Fue parcialmente excavada en la campaña de verano de 1988 y concluida en 1990, cuando se dispuso de infraestructura suficiente como para abordar la recuperación final de tan interesante conjunto arqueológico. En proceso de estudio, presenta numerosas vasijas de los más variados tamaños, carácter común y fabricación a torno.

Con la excepción de cuatro ánforas republicanas de esquema Dressel IC, bien fechadas a fines del siglo II a. C., las grandes vasijas, en número de una docena, ocupaban toda la superficie del alargado departamento. En el interior de algunas aparecieron distintos útiles que, o bien se guardaban allí, o desde estantes superiores, cayeron tras la amortización: hoces, martillos, asadores, azadas, paletas y vástagos en general, forman un interesante conjunto de herramientas de hierro que aparecieron en buen estado de conservación. Entre las piezas de bronce, sólo algunos arillos y placas decorativas, así como ocho ases ilisipenses y castulenses (además de algún Jano Bifronte romano y una pieza antigua de Iulia Traducta) completan el conjunto.

Se trata, por tanto, de un apreciable contexto de ca-

rácter fabril, en el que no tienen representación las armas, fíbulas, u otros materiales relacionados con la ostentación, el prestigio y otras facetas de la vida social. La existencia de estantes y vasares colgados o adosados a las paredes se deduce del importante número de vasijas menores, de todas las formas y tamaños, y de los numerosos clavos y escarpías recogidas (Berrocal, 1989-b, figs. 29-32).

4. *Construcciones relacionadas con la obtención de la sal y su manipulación en salazones, especialmente de pescados, no se conocen hasta la época romana, cuando los establecimientos recorren buena parte del Estuario del Sado (especialmente en Troya). No obstante, no resulta descabellado suponer, con la riqueza y el carácter foráneo de la cultura material protohistórica de esta comarca, que estas actividades eran explotadas desde épocas mucho más remotas.*

CONSTRUCCIONES CULTUALES

En el siempre resbaladizo tema de las creencias, los reflejos del ritual suelen ser la guía más factible para la aproximación arqueológica al complejo mundo de la ideología. Es por ello que, a menudo, tal acercamiento se enfoca hacia principios de naturaleza religiosa, aunque el componente ideológico no está exento de importantes connotaciones socio-políticas y económicas.

La transmisión de creencias y rituales prerromanos del Suroeste, a través de las Fuentes Clásicas ha sido, como queda reflejado en el capítulo I, muy escasa. Sin embargo, es fácil observar, gracias a la Epigrafía romana, que en gran parte de la cuenca inferior del Guadiana hubo una cierta homogeneidad en sus creencias en un grado sencillo pero uniforme que difícilmente encuentra parangón en otras regiones mejor conocidas, especialmente las mediterráneas.

Tal concepto se deduce de la fuerza que, a juzgar por la perduración cronológica y la aparición espacial, tienen las dos únicas deidades regionales con personalidad reconocida: Endovéllico y Ategina. Ambas presentan sus focos de culto en las tierras extremeño-alentejanas (São Miguel da Mota -111.c-, Bienvenida, Aroche-Moura) y ambas tienen concomitancias con las creencias básicas sobre el renacer, la muerte y la salud, según los más reconocidos testimonios (véanse las obras generales y específicas de Leite de Vasconcelos, Blázquez Martínez, López Melero, etc.).

Otras creencias referidas a la bondad de las aguas y de los dioses lugareños son conocidas con puntuales testimonios (por ejemplo, el Genio Nertobriguese).

Respecto a ENDOVELICO, se ha reconocido su principal santuario en el empinado cerro sobre el que se alzan las ruinas de la medieval ermita de São Miguel de Mota (111.c) cerca de Alandrôal y Machede, al nordeste de Evora. Sus testimonios remiten a las advocaciones epigráficas en lengua latina y a la misma consagración cristiana del santuario: el arcángel San Miguel. Estos datos, junto al sugestivo nombre de río Lucifer que lleva el arroyo que bordea las faldas del cerro, permiten admitir la conexión del nombre de

esta divinidad con los principios positivos de Ultratumba.

Sobre los restos prerromanos nada se sabe, fuera del interesante emplazamiento que tiene el vecino castro del castelo velho de Alandroal (82.c). Los exvotos en bronce, figurando orantes y plañidera, depositados en el Museo de Evora pudieran proceder de este santuario, aunque no hay confirmación que resuelva tal sospecha.

De ATEGINA sólo se conoce que fue adorada en la cuenca del Ardila y que su santuario, o santuarios, estaban situados en las tierras de las actuales Aroche y Barranco, por el tramo occidental, y Bienvenida, por el oriental.

Los testimonios arqueológicos no tienen, sin embargo, un reflejo comparable, pese a que no se apartan de los mismos conceptos. Por lo que hemos podido reconocer, santuarios y depósitos votivos hacen referencia a divinidades locales o comarcales, a menudo involucradas con los elementos naturales.

Dentro de la localización de *loci sacra*, cuando se reconocen probables emplazamientos no se tienen ofrendas o representaciones que avalen tal suposición. En los casos en que tales restos están definidos con claridad, faltan las construcciones o estructuras a las que se asociaban.

El *Cantamento de la Pepina* (51.b) en su recinto exterior presenta un afloramiento rocoso en forma de «seta» de cabeza plana. En la pared, por vertiente oriental se localizan cuatro peldaños excavados en la roca, que contorneando en forma de escalera de caracol permiten el acceso a la cima del afloramiento. Este no supera los dos metros de altura y tiene un diámetro aproximado de metro y medio. En su emplazamiento está orientado hacia el Oeste, desplegándose en esta dirección un amplio espacio, en hondonada dominada por el afloramiento.

Es en esencia un «monumento» con una estructura que recuerda a la insólita de Ulaca (Avila), repitiendo en tamaño menor el conocido santuario lusitano de Panoias y que pudiera relacionarse con rituales astrales. Refuerzan la hipótesis la presencia cercana de una necrópolis y la localización de un conjunto menhírico tardío, a unos tres kilómetros del lugar y con el que hay relación visual (Berrocal, 1989-d; remitimos para una visión genérica, pero profunda, al reciente trabajo de Almagro-Gorbea y Gran-Aymerich sobre Bibracte, 1991).

La *Cueva del Agua* (93.c) es como su nombre popular indica, una gruta natural con corrientes subterráneas que conforman lagos en su interior. Uno de ellos es accesible sin excesivo esfuerzo y en sus prolegómenos se han recogidos materiales cerámicos a mano que han sido descritos como «neolíticos o calcolíticos». En nuestras prospecciones hemos recogido la noticia de la aparición de pequeños exvotos de bronce junto a la entrada, piezas que no hemos visto. Entre el material de una zahurda cercana hemos localizado un arranque de fuste marmóreo de orden corintio y gran calidad, supuestamente procedente de una construcción templar romana relacionada con la cueva.

Todo ello nos induce a pensar que la gruta, como otros casos, pudo tener funciones de santuario durante los siglos anteriores a la presencia romana (Lucas, 1981, 240 y ss.).

Encontraríamos así un *locus sacrum* de tipo turdetano como los de Despeñaperros pues, pese a su rareza en tierras tan occidentales, ciertos indicios apuntan tanto a la existencia de santuarios en cueva como a la de los exvotos antropomórficos meridionales. Más hacia oriente, cerca de las provincias de Córdoba y Ciudad Real pero dentro del perímetro pacense se ha localizado el santuario de la cueva del Valle (Alvarez Martínez, 1986, 146; García y Bellido, 1963) en Zalamea de la Serena, con numerosos exvotos de terracota, similares al documentado en San Pedro (75.b, fig. 21.a).

Exvotos de bronce similares a los ibéricos son, por otra parte, los citados de Alandroal y la pequeña estatuita de Alferrar (83.c), aunque Varela Gomes la relacione con el «Smiting God» de Azougada (Gomes, 1990).

El posible templo prerromano de Miróbriga (27.a) es la única estructura que pudiera responder a los conceptos clásicos de las construcciones templarias mediterráneas. Desgraciadamente sólo contamos con datos aislados y observaciones personales de estas estructuras, cuya memoria de excavación nunca fue publicada. Según Almeida, bajo los edificios religiosos del Foro romano se localizó un templo de planta y características helenísticas que fechó en el siglo I a. C. Un profundo aterrazamiento artificial lo colmató y sirvió de base para las construcciones altoimperiales.

Básicamente responde a un edificio de planta rectangular dividido en, al menos, dos estancias interiores y abierto y orientado hacia el sur. Los actuales excavadores, sin confirmar el carácter sagrado de tales construcciones, retrasan su uso hasta el siglo III a. C. (Biers, 1988, 9-10).

Sin embargo, los contextos rituales bien documentados denotan un mundo diferente al reconocido en estas estructuras.

El castro de Garvão (16.a) ha proporcionado, por ahora, el único depósito de ofrendas prerromanas directamente relacionables con una advocación o deidad.

Conocido con anterioridad por la aparición, en el subsuelo de su castillo medieval, de materiales romanos, su existencia cobró relevancia a partir de la localización casual de un depósito de materiales prerromanos, ocurrido durante la realización de la canalización de la Rua do Castelo, en 1981.

Excavado en 1982, la magnitud del depósito desbordó todas las previsiones, de forma que aunque se ha publicado un extenso y completo informe preliminar, queda por realizar la memoria detallada y, lo que es más importante, la ampliación del sondeo en superficie, para conseguir una mejor comprensión de este sorprendente hallazgo.

Por lo que pudimos observar y la información que el doctor Beirão nos proporcionó sobre el terreno, el depósito excavado puede ser una unidad de una estructura votiva mayor, extendida bajo el citado acceso del castillo. Entre tanto, los datos disponibles han permitido reconstruir su naturaleza como una fosa excavada en medio de la ladera sudoriental del castro, cortando hasta la misma roca madre.

Se trata de una foseta de planta oval y unos 10 metros de longitud Suroeste-Nordeste, por 5 metros de anchura. Su perfil es ligeramente asimétrico, pues por el extre-

mo SE corta la roca abruptamente para mostrar un murete de lajas de pizarra con el que paliar el desnivel propio de la pendiente. Con una profundidad media cercana al metro, no conocemos cómo estaba cubierto pero sí que en la parte central de su fondo se había pavimentado con lajas de pizarra, sobre las que aparecieron algunos huesos de mamíferos y un cráneo humano. Estos materiales, que se interpretan como los restos de un ritual anterior a la deposición de las ofrendas del depósito, fueron cubiertos por contenedores cerámicos que a su vez se presentaban llenos de vasijas menores. Las esquinas e intersticios restantes entre estos contenedores fueron cuidadosamente repletos de vasijas menores hasta ocupar todo el espacio de la fosa. Este racional y premeditado aprovechamiento espacial es indicio del conocimiento de sus dimensiones y de los materiales a depositar, y aboga por la sincronía de toda la deposición.

Los numerosos recipientes apilados dentro de los contenedores e incluso las roturas intencionadas de los bordes y cuellos de estos últimos, para conseguir incluir más vasijas en el interior, son la mejor prueba de que no albergaban ofrendas dentro de las vasijas. Por ello es fácil suponer que se depositaron vacías y todo este esmero en amortizar unos bienes útiles tiene una coherente interpretación como depósito secundario de un santuario del que, fehacientemente, se han localizado restos de época romana (Beirão et alii, 1985, 60-61).

Sus materiales cerámicos son tan variados que no permiten suponer que reflejen un aspecto específico de las producciones alfareras o de la pujanza económica de sus depositarios. Así son, singulares las piezas de importación y gran parte de los recipientes son hechos a mano, siguiendo las más remotas tradiciones indígenas. Sólo la presencia reiterada de las escudillas oxidadas y la homogeneidad de sus medidas, y facturas, hace suponer que este tipo de recipiente tuviese una función especial dentro del ritual. Tal indicio adquiere especial importancia si tenemos en cuenta que, en el otro depósito de relevancia cultural, el A de Capote también son estos cuencos la forma más abundante y homogénea, y que resultan prácticamente idénticos en pasta y dimensiones.

Pero además de lo aportado por los recipientes cerámicos, el depósito contiene otras piezas significativas. Por una parte, la presencia de vasos calados o quemados se conjuga con otros objetos de reconocidas funciones rituales como un interesante *aspergyllus*, algunas figuras de caballos y, especialmente entre las piezas metálicas, una docena de placas de oro y plata que habían sido decoradas con la representación de ojos en repujado. De ellas, las piezas 78 y 79 muestran una cabeza humana, la primera, y toda una figura en posición de «orante», la segunda (figs. 20.1/15, 28.1).

Estas placas, conocidas en otros contextos, suelen tener una fuerte relación con las divinidades de la luz. La falta de lucernas y la abundancia de cuencos de cuerpo esférico y quemados puede entenderse por el uso de estos recipientes como lámparas, como supone Jose M.^a Luzón en el Pajar de Atrillo (1973), o como quemaperfumes, según ocurrió en el santuario de Gaggera, en Selinunte, donde se usaron pequeños vasos y cuencos de casquete esférico (Picard, 1976, 169).

El mismo culto tradicional a Santa Lucía, protectora de los ciegos, a cuya vecina ermita se peregrina desde toda la región, debe ser heredero secular de las advocaciones protohistóricas de Garvão, tal como nos apuntó sobre el lugar Caetano de Mello Beirão. Y ello puede tener relación cierta con la advocación a Santa Lucía documentada en el santuario de El Trampal (Cáceres), revelado como el más importante centro de culto a Ategina en la Vettonia.

¿Fue la conocida diosa céltica, la divinidad venerada en Garvão?

Sin duda todo son conjeturas, pero con fuertes fundamentos basados en la lógica y la etnografía, que han de salvar las carestías intencionadas de un depósito secundario, es decir, de un depósito en el que se ha modificado el orden original y la presencia de las ofrendas e instrumentos del ritual.

Pese a la poca similitud con los santuarios ibéricos, donde son predominantes los exvotos ricos y específicos, como las figurinas de bronce e hierro, la limpieza de ofrendas viejas se realizó también en ellos, dispersándose los exvotos por las laderas de los entornos de Despeñaperros y Castellar de Santiesteban (Nicolini, 1969: 4-44).

Los paralelos más cercanos a Garvão los encuentran los excavadores en los grandes santuarios púnicos de Ibiza, como Es Cuyram o Isla Plana, con «bothroi» en pozo, o en santuarios menores, rurales, como Can Yay, con elevado número de materiales de uso cotidiano y votivos, especialmente cerámicas y terracotas (Maña, 1953: 121-123). Algo similar podría haber constituido el depósito de exvotos de las Sources de la Seine, Borgoña, o el norditaliano San Pietro Montagnon (Deyts, 1983: 40; Dämmer, 1986).

Según la finalidad con que se fabricaron los objetos, los excavadores los estudiaron en dos grandes grupos: aquel constituido por las piezas de uso común, especialmente cerámicas, y algunas piezas metálicas de adorno, y los concebidos para su uso como objetos de culto, como los quemadores, algunos vasos decorados, las estatuillas y las placas. Las de motivos antropomorfos y el *aspergyllus* refuerzan las hipótesis sobre funciones profilácticas y de purificación por el uso del agua, mientras que el fragmento de címbalo recuerda el uso de la música sacra. La diversidad de exvotos es efecto del uso secundario del depósito y la variedad de rituales reflejados (Beirão et alii, 1985: 108).

Las placas oculadas, el más interesante conjunto de exvotos de este yacimiento, son ciertamente raras dentro del panorama protohistórico. Con escasos paralelos aparecen aisladas o en pequeños grupos de dos o tres piezas en conjuntos como el de Salvacañete (Cuenca), con una oculada entre otras placas repujadas con motivos antropomórficos asociados a aves o abejas (Cabré, 1936: 154); otras dos en el «tesoro» de Drieves (Guadalajara); y en yacimientos meridionales y del Sureste, como, al menos, tres ejemplares del Collado de Los Jardines, una de Recuesto de Cehégín (Lillo Carpio, 1981, 27-28) y otra, procedente de Alhonor, con fecha clara del siglo III a. C. (San Valero, 1945; Prados Torreira, 1991; López Palomo, 1981).

Fuera de la Península, las placas oculadas aparecen

en conjuntos mucho mayores que los del Suroeste, fundamentalmente localizados en la Francia meridional. En santuarios como el mencionado de Sources de la Seine o de Source des Roches à Chamalières (Clermont-Ferrand). En el primer caso, con 119 placas oculadas halladas entre numerosos exvotos de madera y una inscripción dedicada a la diosa Sequana (del «agua clara nacida de la tierra»). Dentro de este grupo pueden ponerse los exvotos de Bourbonne-les-Bains (Haute-Marne).

El significado supuestamente profiláctico es encauzado, por los excavadores de Garvão, hacia las dolencias oculares mientras que la relación con las representaciones de las diosas Astarté-Artemis-Tanit, aunque existente en remotos orígenes y concomitancias, no nos parece tan destacada incluso para la placa con el antropomorfo «orante» repujado, en el que los excavadores quieren ver la representación de una palmeta de las portadas por Tanit (Beirão et alii, 1985: 120-124).

CONSTRUCCIONES SOCIO-POLITICAS, PALACIALES O DE PRESTIGIO

Siguiendo la terminología y los conceptos propuestos por Almagro-Gorbea en recientes publicaciones (Almagro-Gorbea y Domínguez de la Concha, 1988-1989, 339-382; Almagro-Gorbea, Domínguez y López-Ambite, 1990, 288), hemos recogido en este apartado la presencia del amplio edificio de Sector B del castro de Segovia (39.a), considerado de tipo palacial, tal como se ha indicado anteriormente (fig. 38.a).

Realmente su emplazamiento dominante en el área intramuros y cierta composición armónica de las estancias y del patio porticado, que parece antecederlas, permite suponer que se trataba de una construcción especial dentro de la planimetría del poblado. Son claras ciertas similitudes con un complejo de estancias excavado en Alhonor, Sevilla y que estos autores han considerado dentro de la tradición palaciega orientalizante (Almagro-Gorbea, 1988-1989, 365; López Palomo, 1981, 51).

El castro de Capote (6.a) proporcionó, pocos años después que Garvão, el segundo depósito excepcional conocido en estos ámbitos. Su estudio y memoria de excavación se encuentra en prensa, aunque en diferentes partes de este libro se han recogido sustanciosos resúmenes (Berrocal, 1991-b).

El Depósito A se localizó, durante la campaña de 1988, justo en el centro geográfico del poblado y bajo una capa de piedras intencionadamente dispuestas. Cubría la llamada estancia LLO-A, de planta cercana al trapecio y tres muros con otros tantos bancos corridos, mientras el cuarto flanco estaba abierto a la Calle Central y todo el pavimento sobrealzado, en forma de podio. En el centro de la estancia, una mesa de piedra con funciones de altar deja estrictamente el necesario espacio para sentarse en torno a ella.

Tal dependencia estaba literalmente colmatada de fragmentos cerámicos, óseos y de carbones, entre los que destacaban algunas piezas completas o semicompletas, aún «in situ».

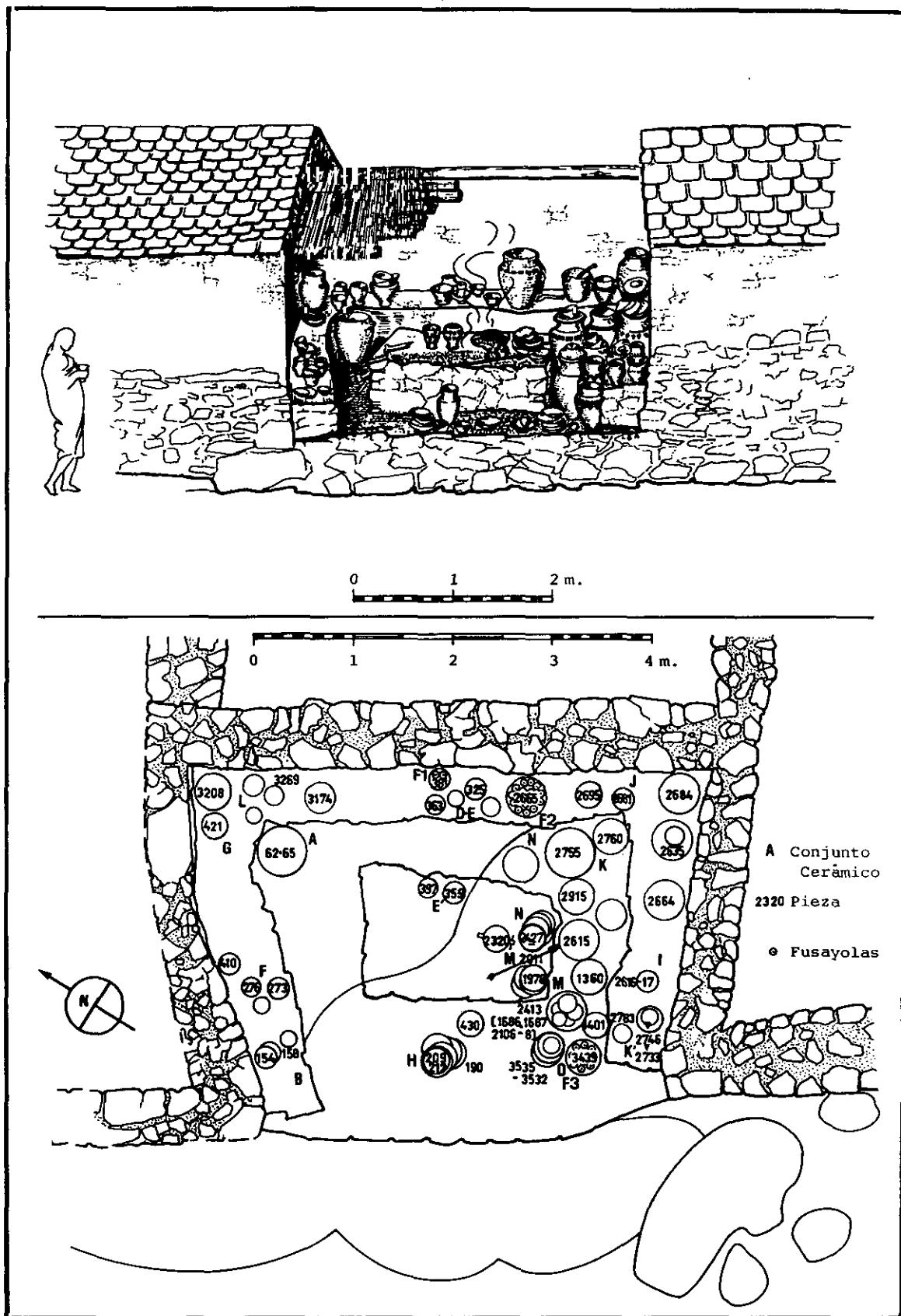


Fig. 40.—Planta y Reconstrucción de la estancia del Altar de Capote y su depósito (DepA).

El estudio de este excepcional conjunto, junto con las piezas de metal (especialmente hierros), relacionadas con actividades culinarias y de ostentación, permitió extraer importantes conclusiones acerca del trasfondo ritual.

El análisis desarrollado permitió elaborar una propuesta de reconstrucción basada en las siguientes deducciones (fig. 40):

1. Respecto a las estructuras:

Constituyen un CONJUNTO ARQUITECTÓNICO SINGULAR, definido por sí mismo, no articulado en construcciones mayores, abierto y accesible exclusivamente desde el amplio ámbito de comunicación que funcionó como «calle central».

No obstante, no podemos dejar de mencionar el aspecto similar que, en planta, tiene el departamento LLO1 y las estancias aledañas con otros conjuntos arquitectónicos de supuesto carácter sociopolítico. Aunque los ejemplos fueron definidos en razón a su funcionalidad sagrada, tanto el palacio de Cancho Roano como el denominado templo A de Campelló (Alicante) han sido interpretados desde ópticas de prestigio y palacial por Almagro-Gorbea, Domínguez y López-Ambite (1990, 252-308; Almagro-Gorbea y Domínguez, 1988-1989). Aunque con evidentes diferencias, tampoco pueden obviarse las claras semejanzas con Capote, especialmente cuando los autores describen un tipo de edificación de prestigio constituido por «tres habitaciones paralelas longitudinales que arrancan de otra transversal a modo de distribuidor (1990, 290). El parecido con el templo de la isla de Campelló (Llobregat, 1988) se repite con otros edificios anteriores, como los almacenes de Toscanos (Niemeyer, 1982, fig. 2; 1986), hasta el punto de poder sospechar la existencia de un modelo de construcción palacial que sería inspirador (o precedente) de las construcciones en las que se incluye el altar y su estancia LLO-A.

¿Estuvo la losa con escritura orientalizante relacionada con un edificio anterior, del que sólo quedan las huellas de su planta en construcciones posteriores?.

En cualquier caso, la singularidad constructiva de esta habitación, en el nivel de ocupación 3 (ss. IV-II a. C.), viene definida por los rasgos especiales que lo componen:

1.1. Como elemento focal, una «*mesa*» de piedra, estructura singular, y como elementos accesorios, unos *bancos corridos* que rodean la mesa por tres de sus cuatro lados, a tan escasa distancia que sólo dejan el espacio imprescindible para sentarse (obviamente el espacio se concibió para estar sentado), y un *suelo sobreelevado* respecto al entorno (Calle Central), que consideramos a modo de podio. Su único lado manifiesto abre este ámbito hacia la calle, desde la que se accede y por la que sale de él.

Dos rasgos más que lo diferencian respecto a las estancias ordinarias son la falta de techumbre fija y el cierre constatado tras su amortización. Respecto a la primera afirmación hemos expuesto los datos e indicios que confirman que no estaba cubierto. No obstante, en nuestra reconstrucción hemos preferido colocar una pequeña cubierta, consistente en un cañizo, que pudiera proteger

los objetos depositados de las inclemencias de la lluvia. Este punto tiene su importancia porque la orientación de la estancia, abierta hacia el Suroeste, la expone hacia el lado más combatido por las borrascas que, desde mediados de septiembre hasta Navidad, se suceden de forma más o menos continuada.

Por otra parte, no puede olvidarse que en un momento dado este ámbito deja de usarse, es decir, se anula su primitiva función y no se reaprovecha en otra, sino que se cierra con un muro de mala construcción y es cubierto de piedras, enterrando los objetos allí depositados. El muro-cierre, incluso, se construye sobre parte del depósito que estaba esparcido por el borde del podio y la calle.

1.2. Posee una planificación no menos singular dado que, por una parte, se presenta como un ámbito pequeño, en el que el espacio está pensado para un número reducido de personas (no más de 20), con intención de sentarse en torno a la mesa, pero por otra, está abierto hacia la calle central, lega con superficie suficiente como para albergar a un par de centenares de individuos alrededor de la estancia.

1.3. Ocupa el punto central del asentamiento, que además sirve de interconexión entre los dos recintos generales.

Este lugar que, usando un término de éxito en interpretación megalítica, podríamos calificar de auténtico *punto focal*, es dominado y permite dominar un amplio panorama en el que confluyen, a modo de horcajo, los ríos que bordean el castro.

Por tanto, podemos concluir que nos encontramos ante una construcción singular, especialmente destinada a actividades concretas, realizadas o dirigidas por una minoría de personas pero con la posibilidad de ser observadas o/y en las que participen un número mucho mayor. Por su situación central, localización focal y apertura al ámbito de comunicación principal podemos sugerir que estaba destinada y propiciaba la asistencia de toda la «masa social» del poblado. Se trata de un lugar público y abierto, posiblemente de la mayor importancia social.

2. Respecto a sus materiales podemos intuir el tipo de actividad/es que se realizaban en este espacio.

2.1. Las vasijas presentan una concentración excepcional, sólo superada por conjuntos de características únicas como el de Garvão y Alhonz. En absoluto se puede caer en la ingenuidad de considerar este conjunto como un vertedero o basurero aunque, a veces, éstos hayan presentado una riqueza de materiales sorprendentes, como el de Castrojeriz I. Ni el lugar, ni las estructuras arquitectónicas, ni la evidente colocación in situ de muchas de sus vasijas, a veces completas, permiten apoyar tal hipótesis.

Por otra parte, el estudio formal y estadístico de los recipientes nos permite concebir la existencia de un juego o servicio básico, a los que se añade el acompañamiento de piezas singulares. En lo referente a la primera afirmación observamos que se repite el conjunto, que creemos «servicio», formado por copa o vaso, escudilla o plato y contenedor medio. En lo que respecta a la segunda, no podemos olvidar la presencia de auténticos

vasos «miniatura», recipientes calados, o quemadores, y algunos groseros cuencos de cocina.

La igualdad o similitud entre los primeros sugiere que estaban destinados a un uso comunitario. Dada la fragmentación de la mayoría del material, ha sido imposible calcular cuantos «servicios» podrían estar contenidos en el Depósito A (excluyendo contenedores, vasos de cocina, quemadores y vasos miniatura), pero es factible que si el número total de vasijas oscilaba en torno a un millar, entre la mitad y dos terceras partes eran copas/vasos y escudillas/copas, lo que da un número comprendido entre los dos y tres centenares de servicios, cifra que coincide con el número de personas que albergaría el ámbito de la «calle central» al que la estancia estaba abierta.

Lo segundo que identifica la personalidad de este depósito cerámico es la variedad y complejidad de las decoraciones, que afectan a la práctica totalidad de las copas. Este dato, que supera incluso a las mucho más numerosas vasijas de Garvão (donde tenemos la impresión, tras conocer en profundidad sus materiales, que la frecuencia decorativa es menor), se une a la presencia de un amplio conjunto de vasos calados y de vasitos-miniatura, cuya finalidad suponemos que rebasaría las actividades ordinarias de estos habitantes (aunque el uso de vasos calados pudiera tener cabida dentro de funciones domésticas, como prueba la Etnología).

Es interesante resaltar que estas vasijas parecen ser fabricadas en el mismo poblado o, al menos, en la comarca, siguiendo patrones, tradiciones y técnicas locales de arcaísmo sorprendente. Además, gran parte de estas tendencias no se documentan anteriormente en el Sado-Guadiana, sino en zonas septentrionales más o menos alejadas. Las vasijas claramente importadas, incluso las oxidadas pintadas bicromas de aspecto turdetano, son escasas y no tienen incidencia importante en la naturaleza del conjunto, excepto por las escudillas o cuencos de casquete esférico. Según esta constatación, podríamos considerar que su uso específico era de naturaleza local o indígena. Si tiene procedencia foránea, como analizaremos a continuación, estaba claramente admitida y asumida por estas poblaciones del interior de Occidente.

Por último, destacamos que las vasijas se habían recogido, en gran parte, colocadas sobre contenedores en los bancos o entre éstos y la mesa, sobre la que restaban aún los más espectaculares quemadores. Esta disposición la interpretamos como signo de que la actividad realizada acababa de terminar.

2.2. También las fusayolas forman un conjunto de piezas excepcionalmente numeroso en relación con la superficie en la que se encontraron (127 unidades en 4 m²).

El porcentaje de piezas decoradas, cercano a la mitad del conjunto y con escasos componentes decorativos repetidos en numerosas combinaciones, la escasa utilidad de algunas de ellas para su uso en el hilado y la falta de otra constatación de esta industria (como pesos o *pondera*) en el resto de las estancias excavadas, nos lleva a plantear otras funciones para estas pesas que servir de extremo del huso. Sus hallazgos en tumbas, santuarios e incluso almacenes nos permite suponer que, además de

sus utilidades textiles, pudieran cumplir funciones apotropaicas o, incluso, de contabilidad.

2.3. Respecto a las piezas de metal, el conjunto más importante y de más estrecha relación es el de elementos vinculados con el fuego, bien con la cocina (asadores, cuchillos y parrilla) como con cierta simbología ritual (común a los anteriores) inherente al martillo de herrero.

Los otros dos conjuntos representan valores de prestigio y ostentación, bien con armas como con ornamentos. Pero además, la presencia de un posible exvoto sobresale y destaca la relación cultural de todas estas piezas metálicas (la pieza laminar con forma de bóvido).

2.4. Los materiales orgánicos ratifican el carácter culinario y ritual del Depósito.

Por una parte es claro que se depositaron restos de un corto número de mamíferos grandes y medianos, a los que se les trató con fuego. Sorprende la regular representación de dos docenas de animales, de forma que pudiera pensarse que formaran combinaciones intencionadas.

Otro dato extraño es la selección de restos documentados: cráneos, mandíbulas y los extremos de los miembros locomotores. Son las partes con menor aprovechamiento cárnico y por tanto ha de suponerse que responden, bien al desecho de un descuartizamiento inicial, realizado allí, o a conceptos simbólicos que hoy se nos escapan, o a ambos motivos a la vez.

La presencia de tres cuchillos y una hoja de lanza reaprovechada como tal, junto al hogar e indicios de descuartizamiento y evidencias de fuertes cortes sobre tibias, cúbitos y radios están claros, tal como han puesto de manifiesto C. Liessau y A. Morales en su estudio específico.

Es posible compaginar ambas opciones. Creemos que sobre la mesa se separaron cabezas y piezas inferiores de las extremidades, restos que fueron depositados (¿como desechos?) sobre el podio, mientras que el tronco, cuartos traseros y paletas se trasladaron y repartieron por la calle central, donde se procedió a su asado. El estudio de la abundante fauna documentada en varios amontonamientos sobre este lado de la calle, confirma tal suposición. No obstante, sobre la mesa-altar pudo procederse al asado o cocción de algunas piezas cárnicas, quizás vísceras.

De lo que no caben dudas es de la acción del fuego. La gran mayoría de los huesos aparecían afectados, a veces calcinados, en pequeñas esquirlas repartidas entre las numerosas cenizas. Del aspecto de éstas y de los carboncillos puede intuirse, con relativa certeza, que el fuego estuvo encendido durante horas, quizá uno o dos días, y que los restos óseos citados eran desplazados sobre el podio y de éste, sobre la misma calle. Por eso la mayoría componían la capa Ib de LLO-C (calle).

Sobre la acción culinaria realizada puede suponerse que fueran asados, sin que falten grandes cuencos y quizá calderos de metal, posteriormente retirados o saqueados. Una gran pátera (núm. 1923, tipo Xa) pudo tener un función relacionada con estas actividades, como la tuvo el azafrán, bien como colorante o aromatizante, quemado en los vasos calados (fig. 12, 2.X).

Esta ingesta de carne, de la que no deben olvidarse

las vísceras, pudo realizarse con la ayuda de las escudillas, de proporciones siempre similares y tuvo que acompañarse de bebidas, según inferimos de las numerosas copas y vasos, aunque su presencia no ha podido documentarse (fig. 72). La escasez de ánforas localizadas en esta fase y la escasa vocación vitivinícola de estas tierras hace sospechar que la bebida más frecuente debía ser similar a la cerveza.

Aunque no se ha documentado en los análisis realizados, no es de extrañar que se consumiesen alimentos vegetales como las mismas bellotas, trigo o cebada.

Para finalizar este apartado, podemos deducir que las actividades realizadas eran de carácter culinario y colectivo.

No significa ello que se ingirieran grandes cantidades de alimentos, sino que éstos eran repartidos, de forma un tanto equitativa, por un número considerable de personas, provistos de una copa o vaso y una escudilla.

Parece claro que se sacrificaron veintitrés o veinticuatro animales: vacas, ciervos, asnos, ovicaprinos y suidos (véanse los análisis específicos de fauna). El acto fue realizado quizás en turnos de dos o más animales sobre la mesa o altar, apartando cabeza y apoyos, y tras un asado general, se transportaba el tronco a los alledaños de la calle donde se culminaba el asado y se consumía. Las bebidas debían ser abundantes. Este festín, en el que participarían la totalidad de los miembros adultos del poblado (no más que unos centenares), pudo ser dirigido por personajes de prestigio (según se deduce con facilidad del espacio de los bancos y el instrumental) y podría durar uno, dos o varios días.

3. Por último, tenemos que referirnos a diversas conclusiones extraídas de la excavación de los miles de fragmentos del Depósito, que nos han permitido la reconstrucción representada en la figura 40 (compárese con fig. 72; lám. 29.1).

3.1. La presencia de vasijas «in situ» en el sector oriental de la estancia LLO-A y de otras muchas con indicios y evidencias de escaso desplazamiento; las copas completas halladas boca abajo sobre el altar, o entre éste y los bancos; las fusayolas y objetos metálicos, dispersos entre los bancos y la mesa-altar, posiblemente contenidos en recipientes mayores cuyas bases ocupaban este espacio y los bancos orientales; el desplazamiento de piezas de un mismo vaso (identificadas por decoraciones singulares) desde el interior hacia el ámbito LLO-C; y otros muchos datos, expuestos en la memoria, han permitido la reconstrucción en planta de la dispersión de materiales. En ella se indican con su número de registro respectivo, las piezas mejor conservadas y con muestras de poco o nulo desplazamiento respecto a la forma en que fueron inicialmente depositadas.

Parece evidente que copas y escudillas fueron colocadas dentro de los contenedores medios y grandes, que se apoyaban sobre o contra los bancos corridos. Esta disposición no es nueva, porque está magníficamente documentada en el Depósito de Garvão (Beirão et alii, 1985).

No obstante, hay una diferencia esencial. En el yacimiento portugués lo documentado es un depósito secundario, cuyas vasijas habían sido retiradas del lugar de

uso, santuario o edificio público, y cuidadosamente en terradas para evitar posteriores manipulaciones.

En la estancia LLO-A de Capote, el depósito es primario. Localizado sobre el mismo lugar de realización de las ceremonias, el altar, debían haberse utilizado hasta momentos antes de su destrucción. La colocación de dos de los más notables vasos calados sobre la mesa-altar, de la badila y la parrilla, de los cuchillos y de numerosos vasos, y platos, dispersos por el podio, permite mantener tal conclusión.

Probablemente una intervención rápida destruyó y profanó el lugar. Entrando por el Oeste, a juzgar por la dispersión de las vasijas, saquearon el depósito de piezas metálicas de valor, y rompieron y vertieron los contenedores sobre bancos, podio y altar. Es por ello que se diferenciaban tan bien las capas IIa (con cenizas, vasijas y algunos huesos) de la inferior, IIb, exclusivamente con huesos y cenizas, sobre el ámbito LLO-C de la «calle central». En general, los huesos inferiores corresponden al desecho del descuartizamiento realizado durante las ceremonias, las vasijas de la capa superior, muy fragmentadas y desplazadas, a la caída y rotura del saqueo del depósito sobre LLO-A.

La constatación de un nivel de incendio y destrucción comprobada en distintas partes del poblado excavado apoya esta hipótesis y nos sirve para dar paso a un nuevo nivel de ocupación (2), que presenta rasgos diferentes, como ya se ha expresado reiteradamente, pero una continuidad en los patrones culturales y de hábitat. Datamos este momento en la primera mitad del siglo II a. C., época de conocidas turbulencias que desembocarían en las guerras lusitanas.

La badila doblada, comparable al asador hallado en la necrópolis de Las Cogotas, así como la parrilla regularmente seccionada por su enrejado y el muro de mala construcción que, construido sobre el desplome del mismo Depósito, cierra herméticamente la estancia por los lados (mientras el empedrado tumular lo hace por la superficie) pueden interpretarse como actos de inutilización ritual o desacralización posterior.

La irrupción de un acto violento en estas fechas es algo lógico y explicable. Por una parte se sabe que desde inicios del siglo II a. C., célticos y lusitanos hostigaban las ricas tierras turdetanas. Entre el 189 y el 185 a. C. se suceden los éxitos y derrotas romanas contra los lusitanos en tierras del Baetis (Livio 37, 57; 39, 7.6; 39, 21) hasta requerir una primera incursión de ataque por parte de Roma.

Los dos pretores, C. Calpurnio y L. Quinticio, preparan esta primera penetración en tierras céltico-lusitanas por la Beturia (Livio 39, 30). A la suerte varia de este episodio siguieron otros hasta el surgimiento de Viriato. Algunos autores, como Gamito, han sugerido recientemente que en torno al 155 a. C. la Beturia estaba dominada (1987, 153). Si lo estuvo, el dominio fue ficticio y esporádico, como las siguientes actuaciones lusitanas se encargarán de demostrar.

Pero lo que interesa para nuestra interpretación es la existencia, entre el 185 y el 155 a. C., de estas incursiones de tanteo y/o castigo por parte de las legiones romanas.

En el año del 152 a. C., un episodio que pudo tener trascendencia sobre el castro de Capote fue la toma de

la Nertóbriga lusitana por el ejército del pretor Marco, que volvía de una incursión por tierras portuguesas (Polióbio 35, 2). Tratándose de un ataque por retaguardia el Castrejón de Capote tuvo que verse afectado, puesto que este poblado se encuentra a unos cuatro kilómetros al Oeste de Nertóbriga (31.a). Y si esto ocurrió, la fecha fue cercana al inicio del invierno, puesto que las legiones iban a invernar a Corduba.

3.2. Una conclusión de apoyo, para la anterior sugerencia, es la obtenida de la toporientación de la estancia LLO-A. Resulta extraño que la estancia LLO-A estuviese abierta hacia el Suroeste, por donde combaten las lluvias del otoño, pero resguardada del frío viento septentrional del invierno.

Esta orientación tiene que responder a una causa principal que encontramos en su dominio visual sobre el horcajo de los ríos, sirviendo de punto focal desde el que observa, pero que también se es observado en el amplio terreno del entorno.

Pero además esta apertura hacia el Poniente meridional parece coincidir con la orientación hacia el solsticio de invierno.

Desgraciadamente este dato, comprobable en la actualidad, no permite conocer la orientación de los solsticios dos mil doscientos años atrás. No obstante, es un indicio a tener en cuenta para poder especular que el citado ritual se realizaba en los inicios reales de la temporada fría (Almagro-Gorbea y Gran-Aymerich, 1991, 202-203).

3.3. En último término, la realización de tal festín, de forma extraordinaria, horas antes de ser atacado el castro, puede explicar los restos de inmediatez documentados.

En conclusión, el compendio de deducciones previamente establecidas, junto a las pautas de relación, permite llegar a deducciones suficientemente sólidas, aunque como todas, factibles de revisiones posteriores. No obstante, la definición de la utilización del altar, fin último de todo el trabajo sistemático anterior, no deja de requerir una cierta dosis de imaginación.

No creemos abusar de la capacidad del lector si proponemos como interpretación básica la existencia de un ritual consistente en una especie de gran banquete colectivo.

Parece que estaba destinado a la participación de un número grande de individuos, que a juzgar por el espacio utilizado (según las hogueras y la dispersión de los huesos localizados en distintos puntos de la «calle central») oscilaría entre dos y tres centenares, cifra similar al número de juegos de copas y escudillas depositados en LLO-A.

Sin embargo, existía un lugar específico, la citada estancia que, destacada sobre el nivel del suelo de la calle, servía para centralizar y organizar ciertos momentos del evento. Por la estructura y espacio de esta estancia, auténtico lugar público, podemos asegurar que se encontraba destinada a la participación de un escaso número de personajes.

A juzgar por la singularidad del lugar y por la habitual aparición de parrillas, asadores, pinzas y badilas asociadas a suntuosas armas, joyas y/o elementos de prestigio en tumbas, podemos suponer que el manejo colectivo

de estas piezas estaba reservado a una clase dirigente cuyo poder político y religioso es difícil definir. Esta asociación y una interpretación similar la destacaron Cabré y posteriormente, Kurtz, en sus trabajos sobre los ajuares de ciertas tumbas de La Osera y Las Cogotas (1950, 1982 y 1987) y es consenso general entre los investigadores de las tumbas principescas hallstáticas donde, como en Cogotas, acompañan a calderos y elementos del symposion (Bouloumié, 1988, 355).

Se sacrificaron venticuatro animales (bóvidos, cérvidos, équidos, suidos y ovicaprininos) probablemente formando parejas o tríos, al estilo de ancestrales ritos europeos que tienen su más reciente y conocido ejemplo en la *suovetaurilia* romana. Una oportuna cita de la *Odisea* (XI, 131) sirve como ejemplo más antiguo de los sacrificios combinados de animales, habituales en el Mediterráneo donde, con Roma, se documentan en numerosas ceremonias, a veces acompañados de la inmolación de équidos, como el *Equus October* (Plutarco, *Quaest. Rom.*, 97).

A juzgar por los restos, el sacrificio de los animales se realizaba sobre la mesa-altar, y sobre ella se cortaban cabezas, manos y pies, las partes menos cárnicas que se desechaban o depositaban sobre el podio. El tronco, paletas y jamones debían distribuirse entre la muchedumbre para su asado o cocción en las diferentes hogueras registradas a lo largo de la «calle central» (hasta una distancia de veinte metros del altar). Sobre éste se habría procedido a un chamuscamiento general, o al asado de algunas piezas específicas, quizá vísceras, al estilo de ciertos banquetes de rituales de fundación realizados por los griegos (Détienne, 1979, 7 y 14).

A juzgar por el estado y cantidad de las cenizas, así como por las dos docenas de animales sacrificados, es lógico suponer que la «fiesta» duraba varias horas, posiblemente uno o dos días. Se acompañaba de abundante bebida, cuya naturaleza no hemos podido documentar pero que, ante la escasa representación de ánforas y vasijas mediterráneas, fuera y dentro del depósito, podemos suponer que se trataba de una especie de cerveza local. La utilización de esta bebida era característica de los pueblos celtíberos de la Meseta, según escritores clásicos como Estrabón (*Geog.*, III-3, 7) y parece plenamente atestiguada en el reborde meridional gracias a la localización de estructuras que han sido interpretadas como hornos para la elaboración de cerveza en el poblado ibérico de El Amarejo, en Bonete, Albacete (Broncano, 1988, 145-158). Llamamos la atención sobre dos datos de esta explicación, por demás interesante para el ritual de nuestro Depósito A. Por un lado se apoya la idea de una fabricación casi industrial, en modo alguno dedicada al exclusivo abastecimiento de la demanda cotidiana. Por otro se reconoce un fuerte incremento en las exigencias que llevó a doblar la estructura ya existente, durante el siglo III a. C., fecha que coincide con el uso de la estancia LLO-A de Capote o con el depósito de Garvão. Por último, no podemos olvidar que al pie de estos supuestos hornos de cerveza, Broncano localizó uno de los más importantes depósitos de vasijas ibéricas conocidos en la Península (1989, fig. 1).

El ritual no refleja la variable greco-etrusca del simposio aristocrático, tan bien conocido en el mundo grie-

go, etrusco y posiblemente céltico, especialmente a partir del siglo VI a. C. Porque, como entre el banquete oriental y el griego, que iconográficamente parece derivar de aquél, existe la gran diferencia de ser el rey el centro del primero, y los «príncipes» igualitarios, factores del segundo (Pasquier, 1988, 323-332), similar distinción parece haber entre los banquetes greco-etruscos o sus derivados hallstáticos, propios de una aristocracia o de una sociedad principesca, y las comidas colectivas de los pueblos europeos occidentales bien descritas en las crónicas célticas tardías (Bouloumié, 1988, 345-357; Hubert, 1988, 492-493; Markale, 1989, 149, 182-184).

Textos clásicos, grecolatinos unos, modernos otros, nos permiten acercarnos al tipo de ceremonia realizada sobre el altar de Capote. Sobre los lusitanos y demás pueblos septentrionales de la Península, Estrabón recoge ciertas costumbres prerromanas:

«Beben cerveza y el vino, que escasea, cuando lo obtienen se consume en seguida en los grandes festines familiares. En lugar de aceite usan manteca. Comen sentados en bancos construidos alrededor de las paredes, alineándose en ellos según las edades y dignidades; los alimentos se hacen circular de mano en mano; mientras beben, danzan los hombres al son de trompetas, saltando en alto y cayendo en genuflexión.»

(Geog., III-3, 7.)

El párrafo, magnífico para interpretar los restos del altar y Depósito de Capote, se completa con una indicación anterior sobre el gusto a realizar numerosos sacrificios de cabras, caballos y cautivos a modo de hecatombes griegas.

Mas lejana en el espacio, pero no tanto en el concepto, es la descripción de los grandes festines celtas realizada por Henri Hubert en su obra, ya clásica, *Les Celtes et la civilisation celtique* (1934); escribió:

«Para terminar, tratemos de imaginarnos a los celtas en momentos de ocio y de paz, por ejemplo, asistiendo a uno de esos banquetes que nos han sido pintorescamente descritos, para Irlanda, en el Festín de Bricriu, y que Ateneo nos cuenta respecto a los galos... Los galos están sentados en círculo en una construcción redonda, en el centro el jefe o el anfitrión, a igual distancia de todos los iguales. Si se trata de nobles, los huéspedes con ellos; detrás de ellos, unos sentados, otros de pie, según sus rasgos y sus funciones, se hallan los escuderos y servidores. La disposición difiere en Irlanda, el edificio es cuadrangular y con compartimentos, cada uno ocupa en él su lugar jerárquico. Las mujeres se hallan aparte pero aparecen en el momento que les corresponde.»

El mobiliario es pobre: los invitados están sentados en el suelo, sobre haces de cañas. Las sillas eran conocidas, pero eran raras. Había mesas bajas, sobre las cuales se colocaban las viandas y panes. Parece que la comida estaba compuesta de carnes de ganado y de caza... Las carnes eran asadas y

cortadas en la mesa o hervidas y sacadas de las calderas con ganchos de hierro. Los celtas ponían también la carne estofada sobre piedras calentadas dentro de agujeros abiertos en la tierra. A ésta añadían el porridge, sopa de avena y cebada. Según el testimonio de Posidonio, los galos cogían la carne con los dedos y la mordían con desenfado; de vez en cuando se servían de un pequeño cuchillo para cortar un tendón o una articulación resistente. La comida se acompañaba de cerveza y vino... Existía una jerarquía de bocados, que correspondía a la jerarquía de personas, y nadie habría consentido no ser servido con arreglo a su derecho; un mal trozo, mal colocado, podía constituir una injuria grave.»

(Edic. 1988, 492-493.)

Pero la descripción más jugosa viene de manos de uno de los más prestigiosos estudiosos de la cultura celta, Jean Markale:

«La fiesta principal es la del 1.º de noviembre, Samain o Samhuin, en irlandés, que corresponde al término galo Samonios del Calendario de Coligny, testimonio indiscutible del año calendárico de los celtas del paganismo. Samain es etimológicamente el "final del verano", dicho de otro modo, el comienzo del invierno... Es una fiesta considerable a la que todo miembro de la comunidad debe obligatoriamente asistir... La fiesta consistía en una asamblea de todos los hombres y mujeres que compartían la comunidad. Se discutían asuntos políticos, económicos y religiosos. Se celebraban festines interminables marcados por la carne de cerdo y el vino... Estos festines estaban evidentemente reservados a la clase dirigente. El rey y los guerreros constituían el componente esencial pero no parece que los druidas hayan estado excluidos. La gente común del pueblo se contentaba con la feria... En cierta medida, constituían un verdadero Parlamento en el que se debatían los asuntos del derecho y de la política. El ritual es mal conocido. Sin embargo, se sabe que la víspera todos los fuegos de Irlanda debían estar apagados. Es evidentemente el signo de que el año nuevo. Renacerá en el momento en que los druidas hayan encendido un nuevo fuego... Por lo demás la fiesta duraba tres días, lo que permitía multiplicar las actividades y los festines.»

(1989, 182-184.)

La estancia LLO-A de Capote era, por tanto, una construcción destinada al uso público para la realización de un acto colectivo que, si bien tenía implícita una importante dosis de función social y política, no menos incorporaba un fuerte significado religioso. El ritual define este lugar como un auténtico santuario, aunque el concepto y la imagen del dios no esté implícito en él (algo por otra parte común a las más tradicionales creencias indoeuropeas, en las que el espíritu divino estaba en la misma naturaleza, ajeno a toda representación formal).

Tal como afirma M.^a Rosario Lucas en su estudio sobre los santuarios ibéricos, las comparaciones llevarían a considerarlo un lugar sagrado al servicio de determinadas ceremonias o actos relacionados con el culto y la liturgia (1981, 238). No pueden olvidarse las connotaciones religiosas del fuego, la cocción y la participación masiva de la población en fiestas como el Samain citado, de profundo sentido ctónico, puesto que significa la muerte del año viejo (como hoy los días de los Santos y los Difuntos) (Bermejo, 1982, 226-227; Markale, 1989, 184; Lucas, 1991). Por ello, probablemente, el «santuario» se orientaba hacia Poniente, permitiendo observar la puesta del Sol, cuyo significado divino fue una constante entre las religiones occidentales. La misma interpretación aduce Lambot para la explicación de esta constante orientativa entre ciertos santuarios centroeuropeos (1989, 265), y ratifican la suposición del uso de la construcción extremeña a finales del ciclo anual cuando, como el Sol, la vida se recoge (fiesta del Samain).

Ciertamente la singularidad de un ámbito como éste no responde tanto a su escasez en la Protohistoria europea, como a la falta de lugares así identificados por la Arqueología. Pero, como hemos visto, los cronistas clásicos no ponen en duda su existencia y es cada vez más frecuente documentar «santuarios» o construcciones sagradas en los poblados de la Edad del Hierro de Europa Occidental, donde, como en Capote, ocupan el centro geográfico del asentamiento (Audouze et Buchsenschutz, 1989, 301-302; Lambot, 1989, 254-261).

En la Península, la existencia de estas estancias puede conjeturarse a partir de los restos indirectos derivados de su uso. Nos referimos a los depósitos secundarios, irregulares *favissae* que a menudo se han interpretado como acumulaciones de vajillas portaofrendas para los dioses, pero que podrían haber sido restos de estas fiestas cíclicas, amortizados tras su uso en un número determinado de ceremonias. Así creemos que podrían estar cercanos depósitos como Garvão (pese a los exvotos de ojos repujados), o quizá la acumulación de vasijas del Alhonz, donde pudieran fabricarse o distribuirse para este uso (Beirão et alii, 1985; López Palomo, 1981). Tampoco las estructuras referidas de El Amarejo, y el depósito adjunto, pudieran estar lejos de un ritual similar, como quizás el santuario localizado en Illescas, con el banco de adobes decorado con los famosos relieves (Broncano, 1989, 239-240; Balmaseda y Cánovas, 1981, 215-238).

Pero el ejemplo más apasionante está en la interpretación planteada por Rosario Lucas a la bandeja etrusca, otras piezas metálicas y sus correspondientes estructuras arquitectónicas localizadas en el sector VII del poblado de La Peña Negra de Crevillente IIB, Alincante. Aunque de manera un tanto forzada, a causa del estado de remoción de los restos y la difícil definición de muchos de ellos, se interpretan como estancias dedicadas al almacenaje, cocina y servicio de zonas para banquetes rituales y ceremonias similares (Lucas Pellicer, 1991, y González Pratts, 1983, 147-150). En este sentido no puede omitirse el aspecto de almacenes que presentan las alargadas habitaciones adjuntas a LLO-A de Capote.

CONSTRUCCIONES FUNERARIAS

Las construcciones funerarias se limitan en general a sencillas tumbas de cremación y, en algún caso esporádico, a estructuras complementarias como *ustrina*, *busta*, etc.

Este panorama aparenta una visión de pobreza cuando se contrasta con la majestuosidad de conocidas necrópolis ibéricas, e incluso celtibéricas, pero deja de ser tal cuando el punto de contraste son las necrópolis turdetanas y lusitanas. Unas y otras presentan, cuando por fortuna se identifican, una reconocida sobriedad de elementos, especialmente clara cuando se relacionan con sus antecedentes tartésicos —La Joya—, o sus contemporáneas púnicas —Carmo—. También en el Sado-Guadiana parece haberse producido esta ostensible merma en la complejidad y el gusto por la ostentación funeraria, y ello es fácilmente constatable si remitimos a la riqueza de la necrópolis de Alcácer do Sal (25.a), cuyos elementos exóticos alcanzan su máxima pujanza en los siglos VII y VI a. C., o a la complejidad y espectacularidad de las tumbas de Medellín que, aunque fuera de nuestro ámbito, son uno de los precedentes más cercanos (Almagro-Gorbea, 1977).

De entrada, podemos afirmar que el sistema de enterramiento dominante en las cada vez más numerosas necrópolis prerromanas del SO es la tumba de cremación en hoyo, pero quizá como perduraciones de construcciones anteriores, quizá como variantes etnoespaciales en tan extenso territorio, se registran variantes tan interesantes como limitadas.

Básicamente encontramos dos tipos de tumbas:

1. Enterramientos de cremación en urna, en hoyo simple sin, o con, pequeños túmulos.
2. Enterramientos de cremación en urna bajo túmulo y estructura de tipo «Pi» (π).

1. *Sepulcros de cremación en urna, en hoyo simple sin o con pequeños túmulos* (fig. 41.1).

Realizada la cremación del cadáver, se sitúan sus cenizas y, en ocasiones, algún objeto personal dentro de una urna cerámica que a su vez se cierra con una escudilla y se deposita en el interior de un simple hoyo abierto. No suelen presentar túmulo o estela, aunque sí se cubren con pequeñas agrupaciones de piedras que sirven para cerrar el sitio y para cubrir también las grandes piezas de ajuar, si las hubiese.

Las necrópolis más significativas de este tipo de enterramiento están localizadas en la mitad norte y este del Alto Alentejo, aunque sus rastros, en forma de tumbas aisladas o en pequeños grupos, se dispersan por toda esta comarca y la más meridional del Bajo Alentejo.

La necrópolis de Herdade de Chamimé (11.a), en el concelho de Elvas presentaba sus tumbas a escasa profundidad (0,3-0,5 m.) aunque es probable que las tareas agrícolas por las que se descubrió arrasaran la capa superficial. Estaban cubiertas por pequeños montículos de piedras, caóticamente dispuestas.

Lo más frecuente es que apareciera la urna aislada, o en conjunto de dos o tres englobadas por un manchón de cenizas, carbones y tierra quemada que, la falta de

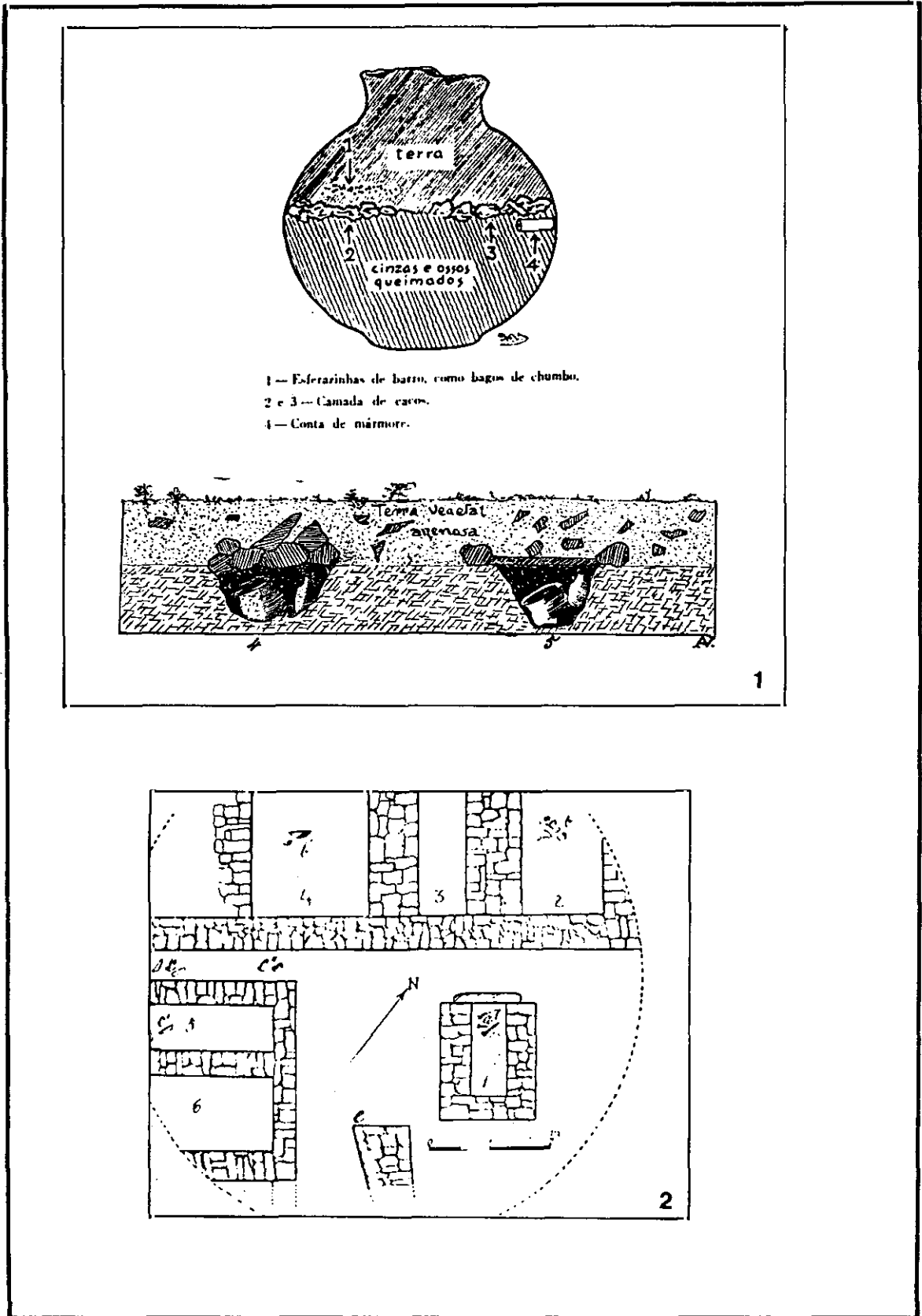


Fig. 41.—TIPOS de TUMBAS: 1: Herdade de Chaminé (según Viana y Deus, 1951 y Heleno, 1951); 2: Pardieiros (según Beirão, 1966).

análisis, nos impide identificar. No obstante, las informaciones de Viana y Deus indican la presencia de tales restos de combustión tanto bajo como sobre la misma tumba y ello permite sospechar que fuesen, en algunos casos, realizados con posterioridad a la deposición de la urna y, por tanto, fuesen restos de hogueras rituales. Pero también pudiera tratarse de los del *ustrina* intencionadamente volcados sobre la tumba, o depositada ésta sobre aquél.

Las urnas suelen estar tapadas por un cuenco, escudilla o laja plana de pizarra, aunque a veces los cuencos y escudillas aparecen dispuestos como base de la urna, sin que falte otro menor, como tapadera. Junto con las piedras, cenizas y carbones que cubren la urna, aparecen elementos de ajuar, que generalmente son objetos de hierro, torcidos y deformados por la acción del fuego. No faltan algunas armas como una espada de antenas y algunas puntas de lanzas que aparecen rellenando el hueco junto con la urna.

La *necrópolis del Cantamento de la Pepina* (51.b) se sitúa en los bajos de una de las laderas frente al asentamiento 1 y ocupa una extensión que, a lo largo, no sobrepasa la centena de metros, mientras a lo ancho es de unos treinta metros en pendiente. La oportuna interrupción de una actuación clandestina, hoy jurídicamente sentenciada, nos permitió documentar los lugares de procedencia de diversas urnas y platos usados como enterramientos y ajuares.

Como en el resto del lugar, las piezas se localizaron en la pendiente de la colina, colocadas en oquedades de no mucha profundidad que a veces llegan a afectar a la roca madre (un caso de los cuatro observados). A veces poseen una serie de piedras sobre el enterramiento, en forma de pequeño túmulo amorfo, que sólo en uno de los casos, a juzgar por lo visible entre los destrozos, podría tener forma rectangular, aproximándose en ello a los túmulos de la *necrópolis del Peñascón*, en Ribera del Fresno, Badajoz, hoy en excavación (Rodríguez Díaz, 1987-1988). La citada estructura no conserva gran altura, descubriéndose únicamente un flanco de sillares con una hilera.

Dentro de las oquedades se depositaron una urna de tamaño medio, y en ella una o más urnitas a mano, decoradas con impresiones, incisiones o estampillados, algunos platos a mano y a torno que a veces adquieren proporciones miniaturescas. Recipientes «fenestrados» o calados con triángulos, platos a torno, de tipo ibérico, a veces pintados con franjas rojo vinosas, algunas figurillas de terracota y un ajuar metálico del que no hemos podido recuperar más que tres regatones y una punta de jabalina de tipo meseteño, completan este conjunto de materiales. Todos ellos, fragmentados, fueron recuperados de uno de los enterramientos (1), mientras que otros presentaban menor número de piezas, hasta quedar reducidos a la urnita hecha a mano y el plato a torno, como tapadera.

De nuevo *la necrópolis de Herdade das Casas* (17.a) nos remite al mismo ritual y estructuras en sus construcciones, simples urnas de cremación en hoyo cubiertas por piedras y ajuares, de los que no suele documentarse nada al exterior.

Esta *necrópolis*, sin embargo, tiene mayor importancia en lo que respecta a sus objetos metálicos, porque las

armas y los adornos confirman la fuerte afinidad celtibérica de las anteriores: espadas y puñales de antenas atrofiadas, fibulas celtibéricas e incluso la única espada de La Tène que, con seguridad, hemos podido reconocer en el Sado-Guadiana.

Pero, respecto a los ajuares, la *necrópolis* más conocida es *el Olivar de N.º Senhor dos Mártires* (25.a), en Alcácer do Sal. Sus armas, adornos, piezas exóticas y vasos griegos le dieron importancia internacional ya desde los primeros hallazgos fortuitos, a finales del siglo pasado (Cartailhac, 1906).

Frente a una falta de memorias detalladas en el mejor de los casos, y de toda información en las numerosas intervenciones de la que fue objeto en el último siglo, su principales ajuares son la única referencia válida que permite comprender que nos encontramos ante un yacimiento con varias fases de utilización, más o menos, consecutivas. Estas etapas se desarrollarían a través de un dilatado período a lo largo de los siglos VIII, VII, VI, V y IV a. C. (y hasta el I d. C.).

Si difícil es calcular sus inicios, lo mismo ocurre con el momento de abandono de la *necrópolis*. Sabemos que gran parte de estos ajuares, especialmente los que se refieren a las armas y las cerámicas griegas, pudieran tener fechas de los siglos V y IV a. C., pero otros muchos objetos apuntan fechas anteriores según contextos claramente orientalizantes (cerámicas grises, orfebrería, huevos de avestruz, marfiles).

Las excavaciones de Correia, que son las mejor documentadas, especifican los diferentes tipos de tumbas registrados, que gracias a la fuerte colmatación fluvial del estuario del Sado, se establecían a lo largo de una profundidad superior a los 3 metros (Correia, 1928, 7-8).

De los tres sistemas, los hallados sobre la roca madre (tipos C y D) presentan cremaciones en la misma fosa, donde aparecen huesos, cenizas y ajuares orientalizantes, todos ellos cubiertos por pequeños pero consistentes túmulos de piedras. De ellos, en los referidos como tipo D, parece que algunas tumbas sirvieron como *ustrina* para la cremación del cadáver. También existe dificultad en identificar los materiales correspondientes a estas dos facies, aunque está claro que no son las vasijas griegas ni armas prerromanas referidas. Sí se localizan entre ellos los restos de un carro, una de cuyas ruedas fue dibujada por Schüle.

Las nuevas excavaciones, llevadas a cabo por Paixão, han servido para reencontrar estos dos niveles de tumbas, C y D, que no están claramente diferenciados y que, según los ajuares conocidos, aportan fechas orientalizantes no muy antiguas (tumba 22/80, 1983, 278-286).

Es por ello, y por la clara presencia de materiales como las numerosas fibulas anulares, tipos 4, 9, 10, etc., de Cuadrado, que deducimos que gran parte de las espadas de antenas y falcatas deben proceder de los tipos de tumbas más superficiales, A y B, hoy desaparecidas en su mayoría.

Informa Correia que las tumbas del tipo A fueron destruidas en su mayoría por las labores de allanamiento del terreno realizadas a finales del XIX (labores que debieron acabar con enterramientos más recientes, que pudieron llegar hasta época romana, según la presencia de «campanienses», los registros hallados en el sondeo

del castillo —38.a— y las afirmaciones personales de Beirão, 1986, 27). Pero, de las que quedaron intactas, fue fácil observar que se trataba de tumbas de cremación en urna en hoyo, enterradas a poca profundidad y dispuestas sobre sus ajuares: armas, joyas y otros objetos que, recogidos tras la cremación, fueron colocados junto a vasos pequeños con funciones de ungüentarios y, en algunos casos, fusayolas y vasos áticos de figuras rojas. Los restos óseos comprendían fragmentos quebrados, no reducidos a cenizas, y tapados por un plato o escudilla. Bajo las urnas, retorcidos por/o previo al fuego pero siempre con sus huellas, estaban las armas y aderezos: espadas de antenas, falcatas, soliferra, hojas de lanzas, fíbulas, cinturones y brazaletes.

El segundo nivel, para Correia, repite el sistema aunque a mayor profundidad, alcanzando y afectando a la roca madre. Pero sus ajuares son claramente distintos, tal como se infiere de la falta generalizada de objetos metálicos, reducidos a escasas navajas, pulidores o clavos. Las cerámicas, además, reflejan una fuerte presencia de vasijas de origen púnico y meridional, desde las lucernas de pico a las ánforas, pero no se cita cerámica alguna de tipo griego. Son materiales que, cronológicamente, remiten a fechas anteriores y entran de lleno en los contextos propios de la dinámica orientalizante.

Es por ello que, de confirmarse esta diferencia, sólo las tumbas del tipo A corresponderían a un período prerromano antiguo. Depositados sus urnas y ajuares en el Museo de Belén y recogidos en el clásico ensayo de Schüle (gran parte de los ajuares identificados con tumbas, en 1969, taf. 88-95), a ellas se asociarían la mayoría de las armas que, depositadas en el Museo de Lisboa, fueron dadas por Schüle como piezas sin procedencia conocida (1969, taf. 96-105) y que, en buena parte, son las más superficiales, halladas en los decimonónicos trabajos de allanamiento que permitieron localizar la necrópolis (posteriormente, hasta la realización de las primeras excavaciones, el yacimiento estuvo expuesto a la curiosidad y codicia ajena durante varias décadas, con lo que ello conlleva de remociones y destrucciones de los estratos).

2. *Sepulcros de cremación en urna bajo túmulo y estructura de tipo n* (fig. 41.2).

Se trata de la variante más específica de esta Región. Sus escasos ejemplos presentan las urnas con cremaciones dentro de una estructura murada con la forma n en planta. Los muretes que la componen suelen estar hechos con piedras pequeñas del lugar, trabadas con barro y con escasa consistencia en el acabado final.

Este tipo de tumba fue localizado por el Dr. Beirão hace ya unas décadas, gracias a sus trabajos en Monte do Pardieiros (1971), pero no han sido identificadas como tales hasta años recientes. Así nos lo indicó el citado investigador, en nuestras prospecciones por la necrópolis de Atafona (1.a), donde observamos tres «túmulos» del tipo referido. Sus muros, conservaban una altura cercana al medio metro y una anchura similar. Las tres estaban más o menos en diagonal, no pudiendo-

se observar disposición intencionada alguna. En su interior, además de un número reducido de urnas, se reconocieron asociadas manchas de cenizas limitadas con piedras, que para Beirão no podían confundirse con *ustrina*, sino que serían restos de hogueras rituales (Beirão y Correia, 1991, en prensa-a).

Sobre la cronología de tales construcciones, Beirão no tenía dudas y la consideraba prerromana, especialmente a partir del siglo IV, aunque en Monte do Pardieiros una inscripción del Suroeste pudiera indicar una fecha anterior (podría, en efecto, ser una mera reutilización). Sus escasos ejemplos conocidos, como Carapetal 1 (Ourique) y Mestras (Alcoutin), en los límites meridionales del ámbito geográfico, parecen confirmar tal datación que, no obstante, no tiene por ahora una comprobación fehaciente (Beirão y Correia, 1991, en prensa-a). Este autor supone que, dada la fragilidad de las construcciones, el hallazgo de tumbas de cremación aisladas, como las de Monte da Parreira, cerca de Atafona, sería indicio de la desaparición de tales túmulos.

En Monte da Parreira, por otra parte, se conocen materiales prerromanos, como una espada de antenas de tipo Alcácer, y el número de tumbas supuestas (más de una veintena) parece ser muy superior a las que suelen aparecer en este tipo de sepulcros en n, acercándose mucho más a una necrópolis de cremación en hoyo.

Por último, cabe indicar que todas las localizaciones de tumbas bajo túmulo en n se dispersan por el área meridional del Bajo Alentejo, muy próximas o dentro ya del Algarve, dato que conviene destacar a la hora de interpretar tal variante frente al tipo dominante anterior. En este sentido adquiere cierto interés la necrópolis de Casalão, Sesimbra (7.a), cuyas tumbas interpretamos dentro de este grupo.

Similar planteamiento pudiera realizarse con la necrópolis de Galeado (15.a), cuyo contexto original ha desaparecido al ser, en parte, víctima de la construcción de una casa moderna y de la actuación urgente de Manuel Heleno a mediados de la década de los años treinta. También aquí se desconoce si las tumbas de cremación, posteriormente identificadas por Beirão y Varela Gomes, estaban en simple hoyo o en estructuras tumulares del tipo II, pero el testimonio oral recogido por estos arqueólogos recuerda la existencia de huesos y una espada aparecida entre ellos, lo que de nuevo remite a vagas sospechas sobre el rito de inhumación, como en Casalão.

En general es posible suponer una cierta relación entre esta modalidad de enterramiento y el uso de inmensos túmulos comunitarios durante la I Edad del Hierro en el Bajo Alentejo. La existencia de urnas con cremaciones incluidas en las zonas periféricas de estos monumentos, en yacimientos como Mealha Nova, ha llevado a De Mello Beirão a suponerlos como inclusiones del Hierro Dos o, al menos, como variantes finales del Período Orientalizante (1986, 62). Por otra parte, no podemos olvidar las extrañas estructuras que, publicadas como necrópolis de Neves II (33.a), fueron excavadas por Pereira Maia en el área de Neves-Corvo y cuya función no se encuentra claramente delimitada (¿construcciones rituales?).